

VII BIENAL FÉLIX
NACIONAL ARMANDO
DE LITERATURA NÚÑEZ
2021

José Carlos
De Nóbrega De Sousa

BITÁCORAS DE LA PANDEMIA

ENSAYO



Bitácoras de la pandemia

Epidemia y literatura

VII Bienal Nacional de Literatura
Félix Armando Núñez
Género Ensayo
GANADOR 2021

1.^a edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2022

Bitácoras de la pandemia

© José Carlos De Nóbrega

Corrección

Nagdy Guevara

Diseño y Diagramación

David Arneaud

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A., 2022

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio.

Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58-212) 485.04.44

www.monteavila.gob.ve

Hecho el depósito de ley

Depósito Legal N.º DC2022000583

ISBN 978-980-01-2298-3

José Carlos De Nóbrega

Bitácoras de la pandemia

Epidemia y literatura

VII Bienal Nacional de Literatura

Félix Armando Núñez

Género Ensayo

VEREDICTO:

Nosotros, Isaac Morales, Celso Medina y Nelson José Guzmán, designados por el Centro Nacional del Libro (CENAL) como jurados de la VII Bienal Nacional de Literatura Félix Armando Núñez, después de leer cuidadosamente las 19 obras recibidas, hemos coincidido en la premiación del libro *Bitácoras de la pandemia*, identificado con el seudónimo: «Nostromo», cuyo autor resultó ser José Carlos De Nóbrega De Sousa, C.I. Nro: V.- 6438143, cuya dirección de habitación se encuentra ubicada en Valencia, Estado Carabobo.

En relación al ensayo *Bitácoras de la pandemia*, debemos expresar que reúne todas las características que el maestro Montaigne estableció para el ensayo, amenidad, erudición, anécdotas, libertad y brevedad. Este ensayo escrito en la Valencia de San Desiderio, cuenta con una gran erudición que va de lo particular a lo general, el texto recrea las grandes angustias que han ocasionado a la humanidad las pandemias. La muerte en esos momentos vive al costado de los hombres. Los virus no discriminan entre la riqueza y la pobreza. Quien escribe este ensayo nos muestra las crónicas humanas, la desheredad de los hombres, el vacío, la furia de la naturaleza.

Miércoles, 20 de octubre de 2021

Firman

Isaac Morales

Celso Medina

Nelson José Guzmán

*A Yudi Marín (Valencia, 15/6/1957 - 7/5/2020),
esposa y amiga, con la mejor disposición de ánimo.*

«Do ramaxe donde cantan
paxariños piadores
que ca aurora se levantan.
Que ca noite se adormecen
para que canten os grilos
que cas sombras aparecen».

ROSALÍA DE CASTRO
Cantares gallegos

Bitácoras de la pandemia

Epidemia y literatura

Un canon personal abierto

INTROITO

El coronavirus es la pandemia de lo que va del siglo XXI. Este año 2020 ha cobrado millares de víctimas alrededor del mundo. El hemisferio occidental y el oriental se enfrentan a su avasallante y cruenta peregrinación pestilente. Paradójicamente, sus efectos (además del clínico, el socio-económico, el político y el cultural) han supuesto una pausa o calma chicha de la confrontación entre los poderes fácticos imperialistas y el resto del mundo alineado o no a la política neo-colonial.

El coronavirus o covid-19 ha enfriado, por ahora, en baño de maría inverso, la reedición de la Guerra Fría del primer cuarto del siglo XXI. Debido a factores múltiples, hay países más afectados que otros. El coronavirus, al igual que la peste bubónica, la viruela o la gripe española, no repara en si las naciones son de primer o tercer mundo, según la nomenclatura segregacionista y capitalista a la que nos tenían mal acostumbrados.

Lamentamos, por nuestra parte, las muertes en Nueva York, Salamanca, Beijing o Milán. Por fortuna, el impacto viral en Venezuela no ha sido catastrófico, pues se asumieron de inmediato las medidas de prevención, seguimiento y tratamiento inmediatos de esta epidemia mortal. Ello

muy a pesar del desmadre de la República Petrolera, de mediana data (desde el Viernes Negro de 1983), pero cuya agudización estamos experimentando en carne y generación propias.

La literatura como gran propuesta artística y humanística nos provee de casos notables en el tratamiento estético y de fondo de las enfermedades infecciosas que han diezariado históricamente a la humanidad. La recreación literaria es por demás variada y enriquecedora, pues entraña no solo la narrativa, la poética y la ensayística de este problema, sino que también profundiza en el posible aprendizaje asertivo, significativo o envilecido que se desprende del sufrimiento humano individual y colectivo.

En las redes sociales, a partir de un muy interesante artículo de Raúl Casal publicado en el diario *Últimas Noticias* de Venezuela, durante marzo de 2020, discutíamos los referentes literarios más resaltantes sobre la epidemia como motivo y actor que se ha enseñoreado de un mundo muy confundido, ello sin importar el tiempo histórico ni la concepción historiográfica predominante del momento.

Entre nuestro canon literario-epidemiológico tenemos, por ejemplo, el *Éxodo* bíblico y sus diez plagas liberadoras de los judíos en tiempos de Moisés; los historiadores grecorromanos como Tucídides y Suetonio (este con sus doce Césares como pandemia política); o la profecía sobre el final de los días en los Evangelios (proferida por Cristo mismo) y el *Apocalipsis* de San Juan.

Resulta imprescindible el *Decamerón* de Boccaccio con sus cien cuentos trágico picarescos que desnudan la fragilidad política y socio-económica del mundo medieval, no obstante sus fortalezas místicas, literarias y estéticas. Además de la profecía (palabra) del desastre de visionarios

como el achicharrado Savonarola: «Fui un profeta en apariencia inerme, pero mis violentas y convincentes profecías de desgracias, de calamidades y llantos fueron mis verdaderas armas y, por lo menos durante algún tiempo, armas victoriosas¹». De la pira se salvarían de chiripa Lutero y Galileo, así como la poesía y la integridad física y existencial de los místicos españoles (San Juan de la Cruz, Fray Luis de León y Santa Teresa de Ávila) acosados por la Santa Inquisición, el Mossad de la época.

La máscara de la muerte roja de Poe ha dejado bien claro que la peste no diferencia a ricos ni pobres: la muerte enmascarada de rojo bermellón sabotea con su sola presencia la indolente fiesta de disfraces de los aristócratas a expensas de los siervos de la gleba fallecidos en los villorrios. *La peste* (1947), novela de Albert Camus, constituye una crónica polifónica y muy personal acerca de la peste bubónica que se apodera de la ciudad de Orán en la hasta entonces Argelia francesa. La calma (¿?, ¡!) político-económica es importunada por la enfermedad, acaso como un anuncio de la revolución argelina anticolonial por venir. Uno de los nuestros, Gabriel García Márquez, la refiere en *Cien años de soledad* con la enfermedad del sueño, pandemia del lenguaje que arrojó a Macondo sin piedad, o la epidemia de cólera que constituyó el contexto de los amores fabulosos de los dos protagonistas muy entrañables de *El amor en los tiempos del cólera*.

En nuestro país tenemos el poemario *Tierra roja, tierra negra* de Edmundo Aray que destapa la epidemia revolucionaria de los años sesenta que sacudiría a Estados Unidos en Cuba y Vietnam, dos frentes díscolos de guerra; el poema clásico de Andrés Bello *El limonero del*

¹ Papini, 1976, p. 96.

Señor o Leprosos, ese magnífico cuento-reportaje de Annel del Mar Mejías que recrea la marginalización de los pacientes en una isla-reclusorio del estado Zulia a principios del siglo XXI.

En *Historia de Valencia (siglo XIX)*, Luisa Galíndez nos refiere la epidemia de viruela de 1898, previa a la visita militar del Cabito Cipriano Castro, quien convaleciente de sus heridas en Tocuyito, recibió la adulación insufrible e insomne de la godarria valenciana de ayer y de siempre, la cual importunó hasta la indignación a los milicianos gochos, la mayoría de los setenta que integraron la gesta caudillista desde el punto de partida.

Recomendamos dos novelas de José Saramago, *Ensayo sobre la ceguera* y *Las intermitencias de la muerte*, las cuales evidencian el despropósito del poder vertical y envilecedor a pesar de las necesidades y padecimientos de las mayorías. El aislamiento no solo fue físico, sino en especial político, social y existencial.

A continuación, les ofreceremos nuestros comentarios sobre las obras literarias que todavía son susceptibles de proveernos un aprendizaje de vida mucho más significativo y libertario, no en balde el encono de la epidemia histórica, presente y por afrontar con la mejor presencia de ánimo en rebeldía.

He aquí el ars del cronicón sobre la pandemia, justo y necesario hoy, propuesto por Albert Camus en *La peste*²: «Esto dará también a esta crónica su verdadero carácter, que debe ser el de un relato hecho con buenos sentimientos, es decir, con sentimientos que no son ni ostensiblemente malos, ni exaltan a la manera torpe de un espectáculo». El

² Albert Camus, *La peste*, Orbis, p. 111.

coronavirus no ha de ser una narrativa del «deber ser» ni de lo políticamente correcto, mucho menos un aborto sanguinolento de la preceptiva mediática tremendista y por demás obtusa al servicio del poder fáctico que envilece todo a su paso.

En Valencia de San Desiderio,
Semana Santa de 2020.

Éxodo (1512 a. C.) de Moisés

El *Éxodo* bíblico, a la fecha de hoy, Domingo de Ramos, 5 de abril de 2020, sigue siendo un gran texto religioso y épico de arrebatamiento universal. Nuestra relectura se realiza en el contexto de la cuarentena «voluntaria y radical» que a partir del sábado 14 de marzo del referido año, guardamos en Valencia y el resto de Venezuela.

El asunto excede una consideración supersticiosa de las célebres o infames diez plagas de Egipto (según el color del cristal con que se mira): sucesivamente tenemos el Nilo convertido en sangre, la proliferación de las ranas (al igual que el final lírico del film *Magnolia* de P. T. Anderson), los piojos, las moscas, la peste sobre el ganado (¿encefalitis equina?), las úlceras en egipcios y en sus bestias, el granizo, las langostas, las tinieblas (eclipse de Sol que desconfiguraría al planeta y a Amón Ra) y, peor aún, la muerte de los primogénitos (el cénit terrorista y devastador de la peste en la novela de Albert Camus, por ejemplo, sería sin duda la muerte del hijito del juez Othon). Como si siguiera consejos de Nicolás Maquiavelo (o más a su favor, prefigurando al florentino y sus tesis políticas), Jehová liberó a su terco pueblo escogido sin miramientos de ningún tipo. Luego de esta coreografía compleja y contundente de plagas, la épica de la pestilencia remata ahogando al ejército de faraón en el mar Rojo o, peor aún, en los pantanos del canal de Suez o Mar de los Juncos en el intervalo geográfico que comprende las poblaciones de Baal-Sefón, Sucot y Etam. La vara milagrosa de Moisés o la fuerza catastrófica de la naturaleza, ambas tocadas por Dios, serían los instrumentos políticos y subversivos con

los que se hirió de muerte la soberbia de la civilización egipcia.

No era para menos, pues se trataba de la poderosísima dinastía XIX de los faraones Ramsés, conquistadores de los alrededores del Nilo (el Medio Oriente, ombligo del mundo en aquel entonces) y constructores de templos, monumentos y tumbas a la par de su megalomanía divina. La épica judía, extrapolada luego al cristianismo, había de vérselas con un enemigo notable que sometió al pueblo semita a un largo cautiverio. Siguiendo la *Historia del pueblo de Israel* de Ernest Renan, 1887-1892, el autor materialista resalta el ensoberbecido corazón egipcio de ese tiempo de auge imperial: «Victorioso por su insistencia, el egipcio trató a los semitas de Egipto y de Siria como un gobernador chino trata a rebeldes bárbaros. Los verdaderos egipcios sentían gran antipatía por los pastores³». Si realizamos una hermenéutica actual del *Éxodo*, Dios tenía conciencia plena de ello: la arrogancia de faraón, rey y Dios a la vez, sería la debilidad de la potencia opresora, tal como la aprovecharían tío Ho y el Vietcong respecto al colonialismo francés y luego el imperialismo estadounidense («Y yo endureceré el corazón de faraón para que los siga; y seré glorificado en faraón y en todo su ejército, y sabrán los egipcios que yo soy Jehová», Ex. 14: 4).

17

El tartamudo Moisés y su vocero y hermano Aarón fueron la cara visible de la inducción de tales portentos por Jehová en el *corpus* del imperio del faraón Ramsés II. A tal respecto, resulta sorprendente que Moisés, criado en la corte del faraón padre como príncipe, titubee constantemente en el acometimiento de la empresa liberadora de Israel, encomendada por un Dios harto celoso y exigente.

³ Renan, 1985, tomo I, p. 72.

¿Efectos de la vejez u oscilación entre dos nacionalidades, la egipcia y la judía? El niño salvado de las aguas es humano, demasiado humano, empero nos siga impresionando el Moisés marmóreo de Miguel Ángel que custodia la tumba del Papa guerrero Julio II.

Uslar Pietri, en el primer tomo de *Valores humanos*, destaca dos cosas respecto a Moisés como príncipe egipcio: la primera, su conocimiento de la «ciencia secreta de los egipcios» que incluía al faraón y su corte elitista, además de una clase sacerdotal cerrada; y la segunda, el conocer de primera fuente la historia execrada, borrada y oculta de la revolución monoteísta que tributaba a Akenatón en desmedro del tradicional politeísmo egipcio, protagonizada por el faraón sacrílego Amenofis IV. Se trataba de excitar la indignación y la intolerancia de Ramsés II, su corte y la burocracia religiosa, puesto que no se podía aceptar la subversión de un solo Dios cuyo vocero era un «converso» político.

Por supuesto, el príncipe Moisés (al igual que su antepasado José, antecedente también de Freud como interpretador de sueños) dominaría los intrínquilis de la política imperial expansionista egipcia, su cultura, sus leyes e idiosincrasia, amén de su arquitectura monumental de corte ideológico-publicitario, de las cuales fue partícipe seguramente.

18

La zarza ardiente, materialización de Dios que se llama a sí mismo «Yo soy el que soy» (esto es la hipérbole del Yo o el Yo divino extremo), saca del anonimato —equivalente a una generación— a Moisés, prófugo del brazo largo de faraón. El patriarca fue un proyecto de liderazgo político-religioso bien pensado por Jehová, así como el *Pentateuco* o la *Torá* sería el arranque de su obra escritural coral, la Biblia (nuestro libro sacro, orientador religioso y estético

del modo de vida cristiano, antecedería otros libros de libros que nos complacen en lo poético: la *Comedia humana* de Balzac, las novelas de Fedor Dostoyevski, William Faulkner, Juan Rulfo y el *Gabo* García Márquez del ciclo dedicado a Macondo).

A pesar de cualquier reescritura o traducción propagandística de este y otros relatos bíblicos, la esencia heroica, mística y humanística de la palabra del Dios judeo-cristiano permanece abierta a revisitas diversas y a contracorriente del funcionarismo religioso. No dudamos ni del cariz liberador ni de la empatía divina respecto a la humanidad oprimida. El *Éxodo* fundamenta una Teología de la Liberación que se hizo carnadura, siglos después, en el derrocamiento de la envilecida dictadura somocista en Nicaragua el año 1979.

El caudillo o patriarca judío notable II (el primero fue Abraham), en este caso, se va construyendo a partir del perfil bipolar de Moisés que transita desde la exaltación egotista y justiciera (del infiltrado príncipe egipcio) que lo lleva a matar a un súbdito y connacional maltratador de un paisano judío, hasta la fase depresiva y dubitativa de los inicios de su comisión libertadora. Lo cual desdice la fragilidad histórico-religiosa, el conservadurismo político y el efectismo hollywoodense de la película de Cecil B. de Mille, *Los diez mandamientos*⁴.

⁴ Años después, el actor protagonista Charlton Heston, embebido de tal versión sesgada, presidiría la Asociación del Rifle asumiendo la apología reaccionaria del armamentismo dentro de los Estados Unidos, ello con los resultados sangrientos ya conocidos como la masacre de Columbine o la pira funeraria con que el FBI y David Koresh habían purificado la secta davidiana en Wako, Texas.

Empero las diez plagas y luego la apertura del mar Rojo (o en su sucedáneo científico arqueológico el mar de Cañas, zona pantanosa donde siglos después se abriría el canal de Suez⁵) que diezmaría el poderío militar del faraón, el providencialismo queda en entredicho en el marco de la lectura hoy día. Se trata no solo de la liberación milagrosa del pueblo judío, oprimido duramente por el Egipto esclavista, sino de su aprendizaje como colectivo libre. A bien sabidas, dicho proceso fue muy dificultoso, lo cual se evidencia en las constantes quejas durante la peregrinación a la Tierra de promisión («nos habéis sacado a este desierto para matar de hambre a toda esta multitud», Ex. 16:3), al extremo de recular en la orgía y la idolatría presidida por el Becerro de Oro.

Tiempo después, si lo medimos en el extraño reloj de Dios, el pueblo escogido sería gratificado en los reinados esplendorosos de Saúl, David y Salomón. Solo que la mala asimilación de las crisis que acarrearón el larguísimo cautiverio babilónico, persa y romano, los *pogroms* en la Rusia zarista, y sobre todo la *shoah* en tiempos de Hitler, convertirían la reivindicación de la nación de Israel en el Estado teocrático y opresor de hoy (entre sus abusos tenemos la guerra civil que estragó al Líbano, las masacres de Sabra y Chatila, la *Nakba* palestina y el ser los administradores de la muerte en el campo de concentración más grande y sangriento del mundo, la Franja de Gaza como sepultura de los palestinos).

Si Dios nos habla en el siglo XXI, luego del cambio que significó el sacrificio de Jesucristo en la cruz, las hazañas y los milagros apuntalan la fe entre la confortable sumisión alienante (fe ciega que delega la toma de decisiones

⁵ Beecher Keyes, p. 30.

a la gestoría política e inquisitorial) y la rebeldía creadora de ciudadanos y repúblicas libres (fe lúcida o problemática que asume su destino). A tal respecto, nos quedamos con este segundo puntal, pues la fe que no duda (o no se contradice en pos de superarse a sí misma) no lo es, tal como nos lo dice Miguel de Unamuno en uno de sus atribulados ensayos.

Decamerón (1370 y 1971) de Giovanni Boccaccio y Pier Paolo Pasolini

El Decamerón (1971) de Pasolini va más allá de una correcta adaptación del texto homónimo de Giovanni Boccaccio (1313-1375). Comprende la apertura de la Trilogía de la Vida (las otras dos son *Los cuentos de Canterbury*, 1972, y *Las mil y una noches*, 1974), ciclo filmico que consagra y celebra la sensualidad, el erotismo y el sexo en un tono tragicómico, dialógico y visceral. La fiesta en tiempo de la peste negra no echa de menos, en la impositura de los disfraces y la jerga canalla y popular, la crítica vehemente al discurso del poder: un ejemplo notable de ello es el cuarto episodio del film, el relato del señor villano Cepparello, quien en el lecho de muerte accede al equívoco antifaz de San Ciappelletto (rosario o guirnalda, cuyas cuentas en este caso se rezan a la inversa); el ingenio y la lengua retorcida embaucan el doble y pío discurso religioso, al punto de empalarlo en el ridículo y la sensiblería. Sigamos a tal respecto a Boccaccio:

22

Y no quiero negar que sea posible que sea un bienaventurado en la presencia de Dios porque, aunque su vida fue criminal y malvada, pudo en su último extremo haber hecho un acto de contrición de manera que Dios tuviera misericordia de él y lo recibiese en su reino; pero como esto es cosa oculta, razono sobre lo que es aparente y digo que más debe encontrarse condenado entre las manos del diablo que en el paraíso⁶.

⁶ Giovanni Boccaccio, *El Decamerón*.

Dispensando, papalmente o no, lo extenso de la cita, ambos poetas —sin importar el intervalo histórico que los separa— homologan cielo e infierno en la comprensión compasiva, amorosa y crítica de la humanidad. La dialéctica toca la poesía: «Pero es en nosotros que el mundo es enemigo del mundo», canta Pasolini a los literatos contemporáneos. Lo apolíneo y lo dionisiaco se segregan en el índice acusador del discurso del poder, no importa que parta del púlpito o de otros aparatos ideológicos del Estado. La poesía excede la ambigüedad esteticista que esconde contenidos maniqueos; es verbo descarnado que se vincula a la vida, diciéndola con transparencia. El grito libertario es entonces hiperbólico, valga hurgar en la bragueta para sobar y apretar un miembro arrogante y cachondo.

Artista notable e íntegro, Pier Paolo Pasolini (1922-1975) gustó del duelo político y artístico. En el mismo año de producción de *El Decamerón*, polemizó agriamente en prosa y verso con Eugenio Montale por su libro *Satura*: «Todo *Satura* es en el fondo un *pamphlet* antimarxista»; en el poema *Lares italianos* no da menos cuartel: «Al inventarse un mote / la única espera infructuosa, en cuanto a poesía, / habrá sido la de Jakobson: / te hiciste portavoz de la burguesía, / con Saragat y el Maligno por escolta». No podemos obviar la disputa con Eric Rohmer, el cine de poesía versus el cine de prosa: censuraba en el de prosa la sujeción de todos los «elementos irracionales, oníricos, elementales y bárbaros» al imperio apolíneo de la conciencia; por lo que la propuesta poética rescataría la humanidad del objeto cinematográfico apoyándose en el monólogo interior, la personalidad del estilo y el subjetivismo lírico en el abordaje de los conflictos políticos, sociales y morales. *El Decamerón*, no obstante su fidelidad al texto de los cuentos adaptados, se va plasmando en el celuloide

de la mano del maestro Giotto (encarnado y poseído por el director de Bolonia), a la manera de un gran fresco del mundo medieval que inicia su tránsito al capitalismo. El coronavirus de 2020 se emparenta con la peste bubónica de 1348 que asoló la Florencia de las damas y caballeros que le escurrían el bulto en el relato picaresco y concupiscente, no solo en el saldo mortal, sino en el morbo que impone el miedo. Se desmitifica la vista cenital del artista que abarca el mundo de guisa supraterrrenal: el gag físico le otorga ternura a la compulsión de Giotto por su trabajo artístico; además del homenaje a Chaplin (que se repetirá en *Los cuentos de Canterbury* con un inolvidable Ninetto Davoli), Pasolini nos acerca al arte en tanto celebración conmovedora de la vida y la belleza del cuerpo en el acto amoroso: al finalizar el mural y el film, la dupla Giotto / Pasolini exclama en un suspiro esta frase feliz y orgásmica: ¿por qué realizar una obra cuando es tan bello solo soñarla? El director vive un momento feliz, paradójicamente como antesala a su muerte violenta en 1975, poco después de finalizar el rodaje de *Saló o los 120 días de Sodoma*. Es la trágica transición del *Cantar de los cantares* al *Apocalipsis* hecatómbico que cierra su gran obra literaria y cinematográfica.

24

El sueño es el motivo que preside toda la película: Giotto sueña una composición en honor de la virgen María, desde un plano general al *close up* de su hermosísimo rostro, con coros de ángeles y querubines a su diestra y siniestra, y bajo sus pies el purgatorio y el infierno entre la contrición y la atrición de quienes han sido arrojados al llorar y al crujir de dientes; el malogrado Tingoccio se le aparece en sueños a su carnal Meuccio, advirtiéndole que el sexo no es un pecado que acarree quemarse el culo ni las pestañas con fuego eterno, hielo o mierda; en uno de los

episodios más poéticos de la película y el libro, Lorenzo le indica a su amada Isabetta dónde enterraron su cuerpo los asesinos, de manera que su cabeza serviría de cántaro y abono a una bien olorosa y llorona mata de albahaca salernitana, regada de lágrimas y agua de rosas. La muerte de la muchacha por amor justifica el canto popular por Eros: *Quién sería el mal cristiano / que el albaquero me robó*; y viene el contrapunteo nuestro: «Yo soy el árbol / conmovido y triste / tú eres la niña / que mi tronco hirió. / Yo guardo siempre / tu querido nombre / y tú qué has hecho / de mi pobre flor». Evidentemente, Pasolini coincide con Edgar Morín:

Sin embargo, la originalidad revolucionaria del cine es el haber disociado y opuesto, como dos electrodos, lo irreal y lo real. Méliès realizó la primera escisión. Un universo mágico entró en contradicción con el universo objetivo. Lo fantástico se opuso a lo documental. Fantástico y documental, apartándose y derivando uno del otro, descubrieron un teclado intermedio que permitía todas las combinaciones⁷.

Por lo que los grandes relatos no se agotan nunca (desdichados Fukuyama, Emeterio Gómez y su cohorte vindicatoria de piratas y mercaderes protestantes); la revolución socialista persiste muy a pesar de la ortodoxia stalinista de ayer y hoy, lo mismo ocurre con el surrealismo de Buñuel y César Moro —por ejemplo— en contraposición al templo construido por el ego de Breton y los excesos infames de Dalí. De la protesta y militancia política de películas como *Accattone* y *Mamma Roma*, el poe-

⁷ Edgar Morín, *El cine o el hombre imaginario*, Paidós, 1956.

ta y director toma como pretexto la puesta en escena de *El Decamerón* no solo en tanto redescubrimiento de un clásico, sino básicamente la recreación nostálgica de un pueblo ideal, flaco de hambre y precario en cuanto a la conciencia política; se trata de aprehender poéticamente la infancia y la adolescencia en toda su concupiscencia, despreocupación y romance. Para Canetti, el acucillarse representa la posición contemplativa por excelencia y el desprendimiento de ataduras externas; nuestro maestro Giotto dispone así su cuerpo para acometer y visitar el fresco en la iglesia de Santa Clara que tanto le obsesiona. La pulsión del arte por la vida no implica amasar fortuna ni manipular al prójimo ni tampoco ser el terco corifeo de las masas esnobistas y desconsoladas. Todo estriba en el trabajo cotidiano, lúdico y placentero bajo una atmósfera comunitaria. El muro muta en la pantalla sobre la cual se proyectan sus sueños más recurrentes. El vino lo confundirá con sus amigos y ayudantes en un jolgorio de amor místico: participan en el rodaje habitantes de Nápoles que hacen uso de su dialecto amén de entonar y silbar su música más autóctona y antigua. Poco importan los harapos anónimos, siempre que los bendiga la lluvia.

Pasolini porfía y apuesta por la modernidad de la propuesta narrativa de *Il Decamerone*: Giovanni Boccaccio es su y nuestro contemporáneo más simpático, travieso y pícaro. Destaca Segundo Serrano Poncela de este corpus el anticlericalismo, el realismo en cuanto a mostrar a los seres humanos en la ausencia del deber ser, del maniqueísmo y de los cánones de corte moralista: «Esto es, ya, moderno, como lo es su propensión a hacer aparecer la virtud como algo inverosímil, inalcanzable y en ocasiones estúpido, y su exaltación del goce de los sentidos». La astucia de Masetto de Lamporecchio le permitió li-

diar con los ardores de las monjas en el huerto y en sus celdas, engendrando monaguillos a granel por los cuales no respondería esquilmando su fortuna: de tal modo amó Dios al mundo sensual, que permitió que su hijo unigénito Cristo tratara así «a quien le ponía los cuernos sobre la guirnalda». Nazarín sería entonces la némesis de este mentiroso y falso santo, valga este emparejamiento con *Las celestiales* de Miguel Otero Silva: «A San Roque y a su perro / los conozco desde lejos: / al perro por lo sarnoso / y al santo por lo pendejo». Sigue impenitente el puente cómplice e intertextual: en la novela *Beso de lengua* de Orlando Chirinos, Sancho Panza va del timbo al tambo, del *Cándido* de Voltaire al *Decamerón* inundado de historias que tejen una red ebria y juguetona, entonces, *Alguien lo saludó como Boccaccio*. Independientemente del lugar en donde nos guarecemos del diluvio, la peste, la desilusión ideológica o —peor aún— el sol libertario por obra y gracia del poder que pretende tapanlo con el referido índice inquisidor y represivo, el placer de contar una historia y compartirla con otros en un espíritu solidario y comunitario bien vale la pena experimentar hasta el tuétano.

***La máscara de la muerte roja* (1842) de Edgar Allan Poe**

Este cuento extraordinario de Poe sintetiza en pocas páginas la esencia inquietante, terrorista, física y metafísica de la epidemia que se enseñorea de la humanidad. No se trata de la muerte blanquecina y, si se quiere, sublimada con que la tuberculosis nos arrebató a los pacientes del sanatorio o de ese hostel de la razón y la imaginación encontradas, que es el espacio de reclusión a la carta en el que se desarrolla la conmovedora y genial novela de Thomas Mann, *La montaña mágica* (1924). La enfermedad y la muerte circundantes proveerían a Hans Castorp de la cura física y, sobre todo, la fortaleza espiritual que lo impele a buscarse a sí mismo en un tenso período de entreguerras mundiales.

Mucho menos el relato de Poe remite a la Venecia gris y lánguida en la que murió once años antes el escritor Gustavo Aschenbach por partida dupla o, más bien, por la combinatoria de dos pestes: la de amor platónico por el efebo Tadrio y la de cólera india que trajo consigo el siroco, muy a pesar de su mala corazonada confirmada por las advertencias del empleado inglés bien informado.

28

Partiendo de la epidemia de cólera que abatió a Baltimore el año 1832, Poe ironiza el éxodo de las familias burguesas a sus *challets* o casonas de campo, hasta que la enfermedad contagiosa abandonara la ciudad en la que residían y prosperaban sus negocios. La ficción emparenta la burguesía con la aristocracia terrateniente y monárquica. Mientras los siervos, los artesanos, los juglares, el campesinado, las mujeres, los niños y los ancianos eran blancos

mortales de la peste tanto en el populoso burgo como en la campiña, la corte del príncipe Próspero se aislaba en la prepotencia arquitectónica de su castillo. El delfín se jactaba de lo inexpugnable de sus altos muros bien custodiados por la guardia real: «Estaba decidido a que no se le permitiese la entrada a la desesperación ni salida a la locura».

Solazándose en su crápula intolerancia clasista, el príncipe organiza un jolgorio de espanto y brinco a sus súbditos y cortesanos más privilegiados. El boato está aliñado por la magnificencia y el colorido tanto de los salones como de los disfraces de tan indolentes cófrades patricios. La carnavalesación, en este caso, transita del efectismo barroco rococó al hiperrealismo que induce una sobredosis terrorista. Las campanadas estrambóticas del hipertrofiado reloj de ébano, además de importunar a modo de broma de mal gusto a la multitud mantuana, prefiguran en un ritmo escalofriante la tragedia inminente que igualará a nobles y vasallos, no obstante la cúpula de cristal monárquica.

A la medianoche, las doce campanadas ruidosísimas revelan al príncipe y su ridiculizado entorno la presencia del hasta entonces convidado de piedra: un enmascarado rojo sanguíneo que les aguaría la fiesta sin mediar palabra. Nadie se atreve a sacarlo a bailar, por supuesto. Como toda clase social dominante, festejantes y festejados intuyen con tino de quién se trata: «Es la máscara de la Muerte Roja, la epidemia de la que con tanta seguridad se habían preservado⁸». Pero sus corazones de válvulas obstruidas por la gula y la soberbia les impidieron enfrentar la pestilencia con dignidad. Por el contrario, se abalanzaron sobre el recién llegado sin darle la bienvenida, buscando resguardar la vida en el absurdo linchamiento de la Parca, notable

⁸ Lennig, 1984, p. 114.

como Julio César pero inmortal e indestructible. Detrás de la máscara ni del resto del disfraz, los nobles papanatas no encontraron cuerpo ni sujeto alguno. La pestilencia se les escurrió entre los dedos para hacerse reina del castillo y el resto de la nación, emporio igualitario de la muerte sin ataduras de materia ni de tiempo.

La peste (1947) de Albert Camus

Este escritor franco-argelino es otro de los nuestros, al igual que Joseph Conrad, Graham Greene, Elias Canetti, Susan Sontag y Gabriel García Márquez, entre otros. Recordamos dos títulos que nos marcaron profundamente como lectores y escritores: la novela *El Extranjero* (1942) y el asombroso ensayo de cabecera anarquista *El hombre rebelde* (1953). En nuestra biblioteca reposaba bajo el polvo y el orín de las ratas la novela *La peste*, la cual desempolvamos a la hora de componer este trabajo ensayístico. Tal fue la impresión que nos causó, que la consideramos el texto eje del canon abierto y personal sobre *Epidemia y literatura* que aquí se propone.

Esta novela coral excede la crónica de la peste bubónica en la ciudad argelina de Orán, acaecida en la década del cuarenta del siglo XX. En este caso, las campanas tocan a rebato seis siglos después de la epidemia que engulló la Florencia del *Decamerón* de Boccaccio. Suponemos la ocurrencia de esta pandemia recién finalizada la II Guerra Mundial, pues se respira al inicio de la trama —antes de que aparecieran las primeras ratas muertas— el optimismo de la Francia liberada por la Resistencia y los países aliados. Durante el desarrollo de la peste bubónica con sus implicaciones político-sociales, psicológicas y existenciales, el cronista dubitativo deja respirar las voces de los médicos (doctor Bernard Rieux), sus colaboradores civiles (el periodista Raymond Rambert y el cronista amigo Jean Tarrou), los muchísimos pacientes (entre ellos el hijo del juez Othan, el viejo asmático y el viejo que escupía a los gatos), los funcionarios (el extraño y muy

noble Joseph Grand) e incluso los busca vidas (el suicida frustrado y contrabandista Cottard) atrapados en la ciudadela o ciudad-islote. El personaje-masa, si nos disculpa Canetti, se debate entre la sobrevivencia y la muerte con sus cadáveres apilados unos sobre otros en las fosas comunes encaladas de prisa.

Se trata entonces de un exilio endógeno (el aislamiento social y la cuarentena profiláctica de una ciudad convertida en un *ghetto* abigarrado y aterrado), de donde el sitio impuesto por la enfermedad infecto-contagiosa comprendería desde el 16 de abril (la Semana Santa) hasta los Carnavales del año siguiente. No se hizo esperar el ritmo trepidante de la peste: «Se hubiera dicho que la tierra misma donde estaban plantadas nuestras casas se purgaba así de su carga de humores, que dejaría subir a la superficie los forúnculos y linfas que la minaban interiormente⁹». El 25 de abril fueron recolectados y quemados seis mil doscientos treinta y un roedores; tres días después la cosa montó en «una cosecha de cerca de ocho mil ratas y la ansiedad llegó a su colmo¹⁰». El bestiario muerto y el que pululaba por las calles de Orán, encarnación de Tánatos en plaga post-bíblica, fueron convidados inoportunos de la *Pax romana* bipolar del momento que se impuso en Yalta. Las ratas del *Nosferatu* de Herzog, por ejemplo, inquietan mucho más que *Los pájaros* de la dupla Daphne Du Marier / Alfred Hitchcock. En el film alemán, la danza de la peste medieval alude al jolgorio nihilista (de la caída de Hitler) ante la inminente llegada del Ejército Rojo a Berlín; mientras que Hitch nos refiere una revisita efectista de los bombardeos de la *Luftwaffe* en Londres sin un Churchill

⁹ Camus, 1983, pp. 20-21.

¹⁰ *Ibidem*, p. 21.

aleccionador. En cambio, en esta crónica novelada de Camus, la peste supone no solo la ruptura de la tranquilidad relativa de la *casbah* colonial y exótica, sino en especial el preludio de la revolución argelina, recreada en uno de los mejores filmes políticos de la historia: *La batalla de Argel* de Gillo Pontecorvo, obra que contó con el auspicio del gobierno de la Argelia libre.

Incluso, la epidemia tiene un peso lapidario en el habla dentro y fuera de la ficción: «La palabra “peste” acababa de ser pronunciada por primera vez (...) Las plagas, en efecto, son una cosa común pero es difícil creer en las plagas cuando las ve uno caer sobre su cabeza¹¹». Como lo intenta explicar el cronista anónimo hasta entonces, el bullir de esta colmena materialista se afincaba en los intereses individualistas de cada quien (referidos, claro está, a la problemática de clases y castas contrapuestas), ello sin reparar gran cosa en el destino sufriente del otro. El amor por el prójimo, en este contexto indolente y mezquino en lo ético y existencial, no significaba otra cosa que el egocentrismo piadoso vertido en la filantropía. Si bien es verdad que no se puede vivir la muerte del otro, era muy reciente la pestilencia de los asesinatos en masa en los campos de concentración nazis. La respuesta estúpida, cobarde y despiadada de la turba liberada, diferente a la resistencia heroica de partisanos dentro y fuera de Francia, tomó el atajo misógino de apalear, desnudar y rapar el pelo en público a las colaboracionistas, en su mayoría pobres mujeres movidas por la supervivencia propia y de su prole. Al igual que hoy con las guerras extramuros promovidas por la sociedad internacional de cómplices, e incluso la ráfaga invasiva del coronavirus en todo el mundo. «La estupidez

¹¹ *Ibidem*, p. 36.

insiste siempre, uno se daría cuenta de ello si uno no pensara siempre en sí mismo (...) ¿Cómo hubieran podido pensar en la peste, que suprime el porvenir, los desplazamientos y las discusiones? Se creían libres y nadie será libre mientras haya plagas¹²». El enmascarado rojo carmesí de Poe, esto es la epidemia infecciosa, iguala a los hombres en el estrago corporal y la muerte. La palabra, entre su fragilidad y su poderío de expresión, sumerge al colectivo en el miedo, el terrorismo y la esperanza que oscila entre el pesimismo, la inercia y el optimismo, como si se tratara de un epiléptico debatiéndose en arenas movedizas.

La sintomatología de cada paciente o, peor aún, de cada víctima destripándose por dentro y desfigurándose por fuera (la conjuntivitis, el debilitamiento general, la fiebre, el tenesmo, los estigmas cutáneos, la aniquilación anímica), no solo ataca a la unidad de grupo sino a la lengua misma provocándola a delirar entre las pesadillas opresivas y, eso sí, el imaginario que distorsiona la historia por vía de la propaganda y los mitos mal curados.

La palabra no contenía solo lo que la ciencia quería poner en ella, sino una serie de imágenes extraordinarias que no concordaban con esta ciudad amarilla y gris, modestamente animada a aquella hora, más zumbadora que ruidosa; feliz en suma, si es posible que algo sea feliz y apagado¹³.

No se trata de la semántica a secas, sino de la estructura sintáctica disfuncional del discurso que trastoca la mente de los seres humanos ante un castigo o una revancha venidos de Dios sabe dónde.

¹² *Ibidem*, p. 37.

¹³ *Ibidem*, p. 38.

La cosa repercute en el diseño de la voz narrativa de esta crónica que atrapa al lector, atándolo con una sirga paradójica que se deshilacha por la putrefacción y luego se trenza sólida y bien apretada en un gran reflujo reconstituyente. Las dudas y los balbuceos del cronista innominado pero copartícipe en este desmadre epidemiológico, apuntan por el contrario a una focalización impertinente para nada objetivista y encandilada de la mirada: la constripción, la empatía y la solidaridad del relator para con la masa sufriente, implican compartir con el otro el estado de sitio al que la pandemia y la falta de previsión del Estado (autoritario y colonialista, claro está) nos confinan a todos, al punto de proveer las herramientas adecuadas para abordar tal coyuntura extrema. Se presta oídos atentos a la ciudadanía acosada por la peste, además de complementar otras fuentes narrativas tales como la prensa amarillista y al punto autocensurada y, de manera destacada, los apuntes de uno de sus más importantes personajes pivotes, este es el cronista muy humano de Jean Tarrow quien sí se sabe contradecir: «A primera vista se podría creer que Tarrow se las ingeniaba para contemplar las cosas y los seres con los gemelos al revés. En medio de la confusión general se esmeraba, en suma, en convertirse en historiador de las cosas que no tenían historia¹⁴». Esta cualidad siempre solicitada se agradece muchísimo, porque gratifica al lector en un ejercicio transparente y poético del «decir» que nos retrotrae los reportajes fabulosos que Suetonio dedica a la peste variopinta de sus doce Césares.

La multiplicidad peculiar del punto de vista narrativo siempre está dispuesta en la fortaleza y la flaqueza a construir su versión personalísima de este exilio confinado en

¹⁴ *Ibidem*, p. 27.

la desesperanza del que sufre. Ello no excluye una aproximación concienzuda de tenor sociológico, psiquiátrico y metafísico de la crisis desatada por la epidemia: desde la reconfiguración de las relaciones familiares (el doctor Rieux y el «extranjero» Rambert sufrirían, cada quien a su manera, la separación forzosa de sus esposas), apretando el alma en la odisea de las dificultades que entraña en realizar y apuntalar en sí mismos una presencia vigorosa del ánimo («Cada uno tuvo que aceptar el vivir al día, solo bajo el cielo. Este abandono general que podría a la larga templar los caracteres, empezó, sin embargo, por volverlos fútiles¹⁵») hasta la usura, la especulación y el acaparamiento de artículos básicos para la supervivencia. A tal respecto, el existencialismo realista y liberador de Camus propone como *contra* rebelde al igual que la de Job en su momento, la solidaridad nada beata con el otro. He aquí la duplicidad del cronista por ahora anónimo en tanto relator y víctima sufriente: «En ese molde (de la crónica cotidiana), los dolores más verdaderos tomaban la costumbre de traducirse en las fórmulas triviales de la conversación. Solo a este precio los prisioneros de la peste podían obtener la compasión de su portero o el interés de sus interlocutores¹⁶». La poética del «decir» hace posible el fortalecimiento de una «comuna de hablas» y de acción por la vida en la gravedad de tan pesada coyuntura. Así gana sentido existencial la «Jodisea» curativa del doctor Rieux, el párrafo que teje y desteje Grand, las homilias que se encuentran y desencuentran del sacerdote jesuita Paneloux, los intentos peripatéticos de fuga de Rambert para reencontrarse con su mujer o el tránsito de Cottard

¹⁵ *Ibidem*, p.63.

¹⁶ *Ibidem*, p. 64.

que va del suicidio fallido al cinismo que lo convirtió en contrabandista apólogo de la peste y luego, por despecho, en asesino de transeúntes al azar.

Hay una pregunta clave y lacónica que Tarrou le formula a Rieux respecto al sin sentido de la lucha por la sobrevivencia en la Pandemia: «¿Contra quién?¹⁷», interrogante que pareciera desdeñar la de San Pablo afincada en la fe cristiana originaria, con Cristo... ¿Quién contra nosotros? La respuesta tentativa que excluye la arrogancia de lo absoluto y lo definitivo se dirige a la carnadura de la literatura misma, esto es a los móviles esenciales del cronista y el legislador implacable (dispensen de nuevo lo largo de la cita):

Pero el cronista está más bien tentado a creer que dando importancia a las bellas acciones, se tributa un homenaje indirecto y poderoso al mal. Pues se da a entender, de ese modo, que las bellas acciones solo tienen tanto valor porque son escasas y que la maldad y la indiferencia son motores mucho más frecuentes en los actos de los hombres. Esta es una idea que el cronista no comparte. El mal que existe en el mundo proviene casi siempre de la ignorancia y la buena voluntad sin clarividencia puede ocasionar tantos desastres como la maldad¹⁸.

Además de evidenciarse un apego a las tesis de Rousseau, distintas a las de San Pablo, pues, sin Dios no hay justo que valga por sí solo, la cosa alude a la cadena de trastornos que el muy asceta y crístico Nazarín de Galdós deja a su paso en la Castilla de finales del siglo XIX (ratificada el siglo siguiente en la adaptación fílmica de

¹⁷ *Ibidem*, p. 103.

¹⁸ *Ibidem*, p. 106.

Buñuel). El padre Paneloux busca granjearse prosélitos de la fe en la Iglesia sin escatimar recursos colindantes con la propaganda: «Este mismo azote que os martiriza os eleva y os enseña el camino¹⁹», de la misma manera que el maestro procede con la sangre de sus discípulos para untar el pan del aprendizaje o sofreír los aliños en el óleo de sus propias frustraciones.

Por su parte, el periodista Rambert, el parisino extranjero atrapado en la nueva ciudadela de la peste en Orán, fue la víctima del *funcionarismo* formal (la burocracia gubernamental) y el informal (los gestores y contrabandistas) en la comisión de un intento exitoso de fuga. Como todo reportero investigador, se dio el tupé de especular una tipología de esta clase sobreviviente extrema que, al igual que los escarabajos y las cucarachas, salvaría el pellejo hasta en un bombardeo nuclear:

Según la clasificación que Rambert propuso al doctor Rieux, este género de razonadores constituía la categoría de los formalistas. Junto a estos se podía encontrar a los elocuentes, que aseguraban al demandante que nada de todo aquello podía durar y que pródigos en buenos consejos cuando se les pedía decisiones, consolaban a Rambert afirmando que se trataba de una contrariedad momentánea. Había también los importantes, que le rogaban que les dejase una nota resumiendo su situación y notificando quién le había informado que ellos estatuirían sobre tal caso; había también los triviales, que le ofrecían bonos de alojamiento o direcciones de pensiones económicas; los metódicos, que le hacían llenar una ficha y la archivaban, en seguida; los desbordantes, que levantaban los

¹⁹ *Ibidem*, p. 81.

brazos en alto, y los impacientes, que se volvían a mirar a otro lado; había, en fin, los tradicionales, mucho más numerosos que los otros, que indicaban a Rambert otra dependencia administrativa o una gestión distinta²⁰.

Este pasaje aliñado con sarcasmo cínico, esconde un tratado sociológico que superaría a Stuart Mill y haría de las delicias ensayísticas de nuestro Aníbal Nazoa. La epidemia, como los golpes de Estado y las catástrofes naturales, es asimismo una situación extrema susceptible de arrancarle a la humanidad sus virtudes y vicios latentes: Cottard se convirtió en un traficante furtivo de bienes y servicios gracias a la peste, mientras que el mismo Rambert se sumó a la cruzada contra la pandemia movido por el amor al prójimo sufriente. ¿Cómo se explica, por ejemplo, la ineficacia del aparataje gubernamental norteamericano respecto a las inundaciones en New Orleans (George Bush hijo), el control de armas y la violencia policial-racista (Barack Obama), la quiebra económica y colonial de Puerto Rico o los efectos perniciosos del coronavirus o covid-19 en Nueva York y Los Ángeles (Donald Trump)? La cuestión no salva ni a «las llamadas sociedades desarrolladas²¹» las cuales, de veras, ni siquiera saben contradecirse en su discurso progresista y autorizado. Volviendo a Orán, para algunos funcionarios y emprendedores que esgrimen una extraña forma de nacionalismo colonial, les preocupaba más las pérdidas económicas que el sufrimiento exterior e interior de sus aterrorizados habitantes.

Las crónicas de Tarrou alimentan el libro de libros que es *La peste* de nuestro Albert Camus. Su carácter

²⁰ *Ibidem*, pp. 87-88.

²¹ Clarke, 1973, p. 8.

coral y polifónico apunta, sin adhesiones ateas ni político-partidistas, así como tampoco polémicas religiosas inútiles, a una reivindicación problemática del lenguaje oral y escrito. Por supuesto, la cosa excede a la literatura en tanto reflejo fotostático de la realidad. Se nos habla de la búsqueda existencial y, al punto, del despropósito del gregarismo social guiado por reyes tuertos y desnudos. Hallamos la observación caníbal, enternecedora y humanística de dos de sus personajes mejor recreados: los dos viejos, el que escupía a los gatos por ocio senil y el asmático. El primero vio frustrado su deporte envilecido gracias a que la peste les arrebató a sus presas mininas por arte de magia apocalíptica (¿arrebato de cristianos antes de la gran tribulación?). La depresión consecuente lo recluía en la soledad umbría de su apartamento. El viejo asmático se había jubilado a los cincuenta años para acostarse en su propio ataúd o, mejor todavía, alojarse en su ancianato: del camastro al comedor y viceversa en un inútil desafío por trizar el tiempo. No en balde habían transcurrido veinticinco años en ese proyecto perezoso. He aquí la increíble pero brillante hipótesis de Tarrou a tal respecto: pese a que el viejo asmático aducía razones religiosas rayanas en lo bizarro (la juventud y la adultez suponen el ascenso y la dinámica de la vida, mientras que la vejez tiende al descenso inercial, por lo que «lo mejor era, justamente, no hacer nada» al final de los días), el cronista infirió una filosofía mezquina y biliosa que aborrecía de las crecientes colectas de su parroquia y, mejor aún, una absurda esperanza de fallecer muy viejo. Esto es una extraña forma de santidad enclavada en el rito de las costumbres cosidas a retazos.

Así como tenemos la pila de cadáveres de la que nos habla con espanto Canetti, tanto la montaña yacente de la

peste como el volcán humeante de la guerra, la novela de Camus nos presenta tres muertes puntuales que marcan a los personajes sobrevivientes de la epidemia en Orán, locación que es a su vez concreta *per se* y metafórica del mundo en su devenir histórico. Se trata del jesuita Paneloux, el cronista Tarrou y, especialmente, el hijito del juez Othon. La segunda homilía reformulada del sacerdote fue condicionada por la muerte del niño, al punto de poseer un dramatismo afín a las canciones luctuosas de Gustav Mahler (*Kindertotenlieder*):

Había con certeza el bien o el mal. Había, por ejemplo, un mal aparentemente necesario y un mal aparentemente inútil. Don Juan hundido en los infiernos y la muerte de un niño. Pues si es justo que el libertino sea fulminado, el sufrimiento de un niño no se puede comprender²².

El fallecimiento del cura, pese a declarar que no tenía amigos porque los religiosos se concentraban en Dios, movió al doctor Rieux a un paréntesis tierno de su fría condición profesional, además de restarle brillo a la festividad de todos los santos. Tarrou, en cambio, no había tenido la misma suerte de Jacob: su ardiente y empecinada lucha contra el ángel de la pestilencia que ya se iba de Orán, lo llevó a una muerte digna, pero sin repercusión ni agradecimientos por los favores recibidos en la ciudad en el alba de su liberación. Rieux, transido de un dolor tripartito (el del médico, el del amigo entrañable y el del cronista desenmascarado), experimentó con intensidad el amanecer inmediatamente posterior al día del juicio final: «Y al fin, las lágrimas de la impotencia le impidieron ver cómo Tarrou se volvía bruscamente hacia la pared y con

²² *Ibidem*, p. 174.

un quejido profundo expiraba, como si en alguna parte de su ser una cuerda esencial se hubiese roto²³».

El caso del hijito del juez Othon nos parece el clímax de esta crónica estremecedora sobre la peste bubónica que deviene en la «pestilencia de ser hombre». Camus no teme realizar una conmovedora transfiguración doble de la Biblia, eso sí, sin afanes moralizantes ni artefactos esteticistas (la retórica en tanto objeto falso). Tenemos, en primer término, la alusión al *Éxodo* de Moisés en lo que toca a la última plaga en Egipto, esto es la cruenta e igualitaria estrategia bélica de liberación judía centrada en la muerte de los primogénitos, la cual incluyó al del propio Ramsés II quebrantada su soberbia terca y megalómana: «Y aconteció que a la medianoche Jehová hirió a todo primogénito en la tierra de Egipto, desde el primogénito de faraón que se sentaba sobre su trono hasta el primogénito del cautivo que estaba en la cárcel, y todo primogénito de los animales» (Ex. 12:29). En segundo término, se desarrolla la transfiguración ficcional de la pasión y muerte de Jesucristo en el Calvario: «Gruesas lágrimas brotaron bajo sus párpados inflamados, que le corrieron por la cara, y al final de la crisis, agotado, crispando las piernas huesudas y los brazos, cuya carne había desaparecido en cuarenta y ocho horas, el niño tomó en la cama la actitud de un crucificado grotesco²⁴». El cronista, innominado en ese momento, no escatima detalles en la descripción clínica, psicológica, sociológica y sobre todo emotiva de la agnía del desdichado infante. Los gemidos escalofriantes, el olor «a lana y a sudor agrio», los espasmos del cuerpecito por demás estragado, los bubones dolorosísimos, reper-

²³ *Ibidem*, p. 223.

²⁴ *Ibidem*, p.168.

cuten hasta la indignación en el entorno humano impotente ante el empoderamiento de la peste respecto a la indefensa criatura, como si simbolizara la agonía de la ciudad sitiada. Ni el suero del doctor Castel ni el apego del doctor Rieux a la cama del paciente ni los ojos cerrados de Tarrou ni las plegarias del jesuita Paneloux lograron resucitar al niño.

Ya había visto morir a otros niños, puesto que los horrores de aquellos meses no se habían detenido ante nada, pero no habían seguido nunca sus sufrimientos minuto tras minuto como estaban haciendo desde el amanecer. Y, sin duda, el dolor infligido a aquel inocente nunca había dejado de parecerles lo que en realidad era: un escándalo.

Efectivamente, la biografía de esta víctima se equipara a la de Jesucristo, una crónica no solo del escándalo sino del escarnio si la lectura nos conduce al fatalismo de la anécdota. Más adelante se lee: «Pero hasta entonces se habían escandalizado, en cierto modo, en abstracto, porque no habían mirado nunca cara a cara, durante tanto tiempo, la agonía de un inocente²⁵».

Muy a pesar del estado predominante de la dejadez durante esta coyuntura epidemiológica, con su péndulo bipolar que iba del tedio a la esperanza artificial; los soliloquios dubitativos del doctor Rieux como el cronista desenmascarado por sí mismo; o la hondonada en el pecho que sigue siendo la pestilencia de ser hombre, nos queda la antimoraleja de esta soberbia novela: el amor en sus contradicciones se realiza en el silencio inaudito que quiebra sosos festejos y el decir expedito que apuntala la

²⁵ *Ibidem*, p. 167.

muy necesaria compulsión por la vida. La crónica de Tarrour, hermanada con la de Rieux, que incluso incorpora el párrafo inacabable del antihéroe Grand, bien han valido la pena para que el mundanal ruido de los discursos banalizados no nos distraigan en la búsqueda existencial que dignifique al hombre y le provea de una auténtica *terredad* posible. La desesperación del francotirador Cottard, ajusticiado sumariamente por las fuerzas del orden restablecido, es contrapuesta afortunadamente por la tozudez lúcida de la escritura de un párrafo quemado por retomar: «En una hermosa mañana de mayo, una esbelta amazona, montada en una suntuosa jaca alazana, recorría entre flores las avenidas del Bosque²⁶». A lo que replica nuestro médico y cronista sobrenatural, consciente de sí mismo y de su oficio amén de la inmortalidad del bacilo de la peste:

...decidió redactar la narración que aquí termina, por no ser de los que callan, para testimoniar en favor de los apestados, para dejar por lo menos un recuerdo de la injusticia y de la violencia que les había sido hecha y para decir simplemente algo que se aprende en medio de las plagas: que hay en los hombres más cosas dignas de admiración que de desprecio²⁷.

44

La escritura, además de bálsamo, psicofármaco y terapia desconocidos por la farmacopea políticamente correcta, la hemos vivido como manifestación rebelde del que ama al otro en sus virtudes y defectos, valgan las lágrimas muy sabias del cineasta argentino Adolfo Aristarain. Se trata de ubicar un lugar en el mundo que evidencie, entre otras

²⁶ *Ibidem*, p. 205, ¿Es una alusión a Rubén Darío?

²⁷ *Ibidem*, p. 238.

cosas, la crapulencia de los poderes fácticos, llámese la corporación «Tulsaco» en la ficción cinematográfica o su copia mentada Chevron en la realidad mustia que defecó su detritus resinoso y obscuro en las selvas ecuatorianas.

Era de esperarse, pese a nuestra terca fe en la esperanza agonística (en pie de lucha como nos lo inculcó Unamuno), declaraciones y actitudes crematísticas como las del encuestador (o mejor dicho el despistado futurólogo venezolano) José Antonio Gil Yépez, ponderando la avaricia del dios Mammon muy por encima de la salud y la vida de sus connacionales en la brega. Quejarse de que no se respalde a emprendedores parasitarios ni mercachifles usureros en el financiamiento de sus pérdidas durante el reinado del coronavirus, así como tampoco se propicie la esclavitud asalariada, supone dar de coces contra el agujón: La peste, al igual que en la Edad Media, sigue jugando con una ciudadanía desprevenida y achacosa como el gato villano (para nada maula) lo hace con el mísero ratón al que le cegaron todas sus covachas. ¿Qué esperaban? ¿Qué se robaran la canasta de alimentos de la población más vulnerable para incrementar su plusvalía obscena? Releamos la modesta proposición de Swift que borre del mapa a la prole más pobre, ello para aliviarle un encerado pesado a sus progenitores (esclavos asalariados) y la patria solo para la quimérica casta de aristócratas y burgueses.

El limonero del Señor (1923) **de Andrés Eloy Blanco**

Este poema mestizo de diecisiete estrofas asimétricas en versos eneasílabos que combinan versos blancos y rima asonante, recrean una leyenda caraqueña que involucra al Nazareno de San Pablo. Constituye un responso a un árbol de limón que proveyó la cura del pueblo de Caracas asaeteado por la epidemia de la gripe española: «En la esquina de Miracielos / agoniza la tradición. // ¿Qué mano avara cortaría / el limonero del Señor²⁸». El afán reformador modernista (en lo poético y luego lo político) se desarrolla con una doble intención, la nostálgica de fondo y la formal cuando encabalga en dos estrofas distintas la copla popular simulada.

Otro salvaguarda de los árboles, el polígrafo y primer cronista de Caracas, Enrique Bernardo Núñez, relaciona la tradición, la poesía y la historia (magna y menuda) en la configuración asombrosa y contingente de nuestras ciudades: «En el desarrollo de Caracas desempeñan papel importante las epidemias, plagas y otros flagelos (...) El templo de San Pablo, primer ermitaño, a la viruela importada de Guinea, y el de Santa Rosalía, al vómito negro²⁹». Resuena con dinamismo el pasado por vía cíclica, mítica y elíptica, no en balde que hoy su Valencia natal haya perdido la memoria bibliohemerográfica por la indolencia e ineficacia crasas del funcionarismo (en un caso la contaminación y clausura definitiva de la hemeroteca central,

²⁸ Blanco, 1960, p. 113.

²⁹ Núñez, 2004, p. 1.

en el otro el cierre y la destrucción de las bibliotecas y las editoriales estatales y universitarias).

La cruz del carpintero y mesías de yeso, embebido e imbuido de fetichismo simbólico religioso, se prendió en las ramas del limonero idealizado para inyectarle un rayo milagroso, apenas perceptible e incesante que superaría a la farmacopea pseudocientífica de la época: «En la esquina de Miracielos / hubo una breve oscilación; / los portadores de las andas / se detuvieron; Monseñor // el arzobispo, alzó los ojos / hacia la cruz; la cruz de Dios, / al pasar bajo el limonero, / entre sus gajos se enredó³⁰». La voz poética insiste en solapar por vía del fundido encadenado un par de coplas más. Se nos antoja que una «poesía del decir», más allá de las pretensiones modernistas y prevanguardistas, refiere una crónica inmediata sobre la idiosincrasia caraqueña y venezolana tocante a un acto devocional de habla cuasi octosílaba que se aferra a su propia *terredad*.

La fe y la iniciativa del pueblo en procesión, incidirían en la elaboración del bebedizo portentoso que daría al traste con la visitación inoportuna y punitiva de la peste: «Y se curaron los pestosos / bebiendo el ácido licor / con agua clara de Catuche, / entre oración y oración³¹». La copla, la décima y el romance persisten todavía (empero el llanto y el crujir de dientes de las modas literarias y el despropósito crítico) en la dignificación de la lengua que asimila lo culto con lo popular en una mixtura trascendental y maravillosa.

Lo denuncia el poeta-profeta en el marco de la Semana Mayor, tanto en la siembra del limonero que honró la esquina de Miracielos, como en la eclosión del portentoso

³⁰ *Ibidem*, p. 115.

³¹ *Ibidem*, p. 116.

crístico a través del Nazareno de San Pablo: «El Nazareno de San Pablo / tuvo una casa y la perdió / y tuvo un patio y una tapia / y un limonero y un portón, / ¡malhaya el golpe que cortara / el limonero del Señor! // ¡Malhaya el sino de esa mano / que desgajó la tradición!³²». La nostalgia por la Caracas de los techos rojos, sus santos y reliquias atropellados por la modernidad, nos conducen a una pandemia mucho más peligrosa que la viruela y el cólera, esto es la fiebre del olvido inducida por politicastros ambiciosos y urbanistas sin talento ni ética que apuntalan la metrópoli pesetera y pestilente de los negocios impíos y las fortunas mal habidas.

Si Aquiles Nazono decía de Enrique Bernardo Núñez que era un samán de frondosa escritura, podemos decir para disgusto de poetastros de papel maché y revolucionarios tibios de salón, que Andrés Eloy Blanco sigue siendo un guardabosques que simpatiza con los árboles y la ciudadanía al amparo de su sombra y sus apetitosos y terapéuticos frutos.

³² *Ibidem*, p. 117.

Tierra roja, tierra negra (1968) de Edmundo Aray

Este conjunto de poemas fue publicado en la cresta de la epidemia revolucionaria de la década del 60 en América Latina y los Estados Unidos. Por supuesto, la pandemia como metáfora del mal depende del punto de vista y las intenciones inconfesables de quienes la utilizan. En este caso, se hermanan el engordado patriciado local y su dios tutelar colonial o imperial, ello en una sociedad multinacional de cómplices que involucra a políticos, milicos, funcionarios policiales, terratenientes, empresarios y agentes de contra-inteligencia. Como se sabe, el poeta y cineasta Edmundo Aray militaba en ese entonces en el legendario grupo literario y artístico El Techo de la Ballena, blanco político-estratégico del conservadurismo pesetero y su instrumental represivo, pero al punto erigido como guerrilla intelectual y legislatura cínica políticamente incorrecta.

El poemario devuelve el golpe al adversario aristocrático y burgués: siguiendo la razón socialista y la Teología de la Liberación «Camilo Torres Restrepo, Germán Guzmán Campos / y otros sacerdotes de la causa revolucionaria, / a Ernesto Cardenal, por monje y poeta³³», tenemos que las guerras internas y externas inducidas por EE. UU. en el organismo del mundo constituyen la pandemia política del siglo XX y el joven XXI. La represión al movimiento por los derechos civiles y al antibelicismo generado en las universidades norteamericanas, la destrucción nuclear de Hiroshima y Nagasaki, los conflictos extramuros en Corea, Vietnam, Cuba y el resto de América Latina, integran

³³ Aray, 2014, p. 88.

la sintomatología de la pestilencia del imperialismo. La denuncia profética de la estructurada e impía peste de la guerra postcolonialista de adentro y afuera no amerita de giros líricos en el lenguaje poético, sino de la inmediatez y contundencia de la «poesía del decir» (antes desarrollada por Miguel Hernández en el contexto de la guerra civil española o Cardenal en la «Hora 0» de Nicaragua): Pío XII se dice a sí mismo como si fuese *El Gran Inquisidor* de Dostoyevski «Para ahuyentar las ideas que a veces me asedian, / hago cortar cabezas y no precisamente cabezas de / alcachofas, / sino de hombres³⁴». Sin decaer en el eserpéntico panfleto, ni en el despropósito de los vanguardismos de cafetín, Aray apuesta por el poema como agudo documento multidimensional de contestación política, de allí la validez airada de la voz profética —para nada ascética— que apela a diversos recursos de expresión artística y conceptual en su confrontación contra las pestes de su siglo. La polifonía por vía de la impostura y la simulación de la voz del egregio o el villano político, la transfiguración poética de la Biblia, la alusión a hitos de la cultura norteamericana como Melville y el ejercicio lúdico del texto transgenérico, son los puntales que sostienen con firmeza y mejor pulso el discurso poético de la liberación política y estética que esta colección de poesía implica con sumo entusiasmo rebelde.

50

La tetralogía del inicio («Melville, mi antepasado»; «Yo monto en el Pequod»; «Asdrúbal, mi primo» y «Hombre de armas tomar») excede el motivo marino y transoceánico: irrumpe el espíritu díscolo, irreverente y críptico del Techo de la Ballena con sus publicaciones y exposiciones escandalosas que desafían al orden establecido que reseca

³⁴ *Ibidem*, p. 23.

y asedia en más de dos frentes a la ciudadanía desprevenida. Viendo y participando en la batalla (la del capitán Ahab debatiéndose en un tango mortal y solitario contra la ballena blanca), no hay arrebatos rebeldes falsificados ni puñales ocultos en el gabán: «Somos carniceros, es verdad, / pero carniceros y sanguinarios de la peor especie / han sido los comandantes militares, / a quienes / invariablemente / el mundo conviene en rendirle honores³⁵». Estos versos parecieran extraídos del catálogo de la exhibición iconoclasta «Homenaje a la necrofilia» de uno de sus cófrades de El Techo, Carlos Contramaestre. Esta propuesta que revisita y revisa la Ley del Talión, se aproxima más al Che Guevara que a Barrabás, puesto que entraña la liquidación de la civilización industrial del momento, sostenida por montañas de cadáveres en Alabama, Tlatelolco, Angola, Mozambique, Vietnam y Camboya, por ejemplo.

Es notable el ejercicio biográfico en los casos de Pío XII y Malcolm X. No se pierden de vista referentes clásicos como los doce Césares de Suetonio y las vidas paralelas de Plutarco, por supuesto, en tanto historia de vida y reporte socio-clínico de pandemias políticas. El Papa colaboracionista se dejó seducir por Hitler, no solo como oportunidad y cálculo político, sino en tanto mezquindad anticristica que hizo de oídos taponados con la ejecución sumaria del monseñor venezolano Salvador Montes de Oca por asilar judíos en el monasterio, entre otros crímenes de lesa humanidad. En el caso de este funcionario fascista, la virulencia de la denuncia política y ética se asimila al *Juicio Final* de Miguel Ángel y el *Juicio Universal* de Papini: «Tú eres nuestro Dios, / en ti depositamos

³⁵ *Ibidem*, p. 14.

la confianza. / (Confianza: pacto o confabulación / y especialmente entre comerciantes). / Tú alumbras el día de los muertos. / Te exaltamos. / Oficiamos en tu nombre. // Oyes, amada, sus cantos de enterradores?³⁶». Se nos muestra un retrato endurecido, patético y necrofilico de un personaje atribulado y envilecido que desoyó (y desolló) al Jesucristo de los evangelios: «Soy un viejo triste, sin embargo, / que piensa en tu lámpara de noche / y cuenta hasta doce, // una antigua manía³⁷». Se descarta el arquetipo para dar tratamiento al personaje histórico juzgado con severidad. En este proceso que ajusta las responsabilidades del sujeto acusado, no se trata de cuestionar el teísmo sino de su perversión hecha ideología que oprime al prójimo, no obstante el tenor combativo y radical político del discurso poético.

En cambio, la aproximación a Malcolm X, no importa sus desencuentros con Martin Luther King, otro egregio mártir de la liberación afroamericana, lo considera dentro del apostolado antisegregacionista dentro y fuera de los Estados Unidos. El líder musulmán coincide con el Che Guevara en la metodología de la violencia revolucionaria para restituir la justicia. El racismo es otro de los bacilos más persistentes y perjudiciales de la humanidad en el siglo XX y lo que va del XXI con las lágrimas de cocodrilo de Barack Obama ante los afroamericanos apaleados y asesinados por la policía estadounidense con inaudita impunidad. El díptico de esta crónica biográfica, politizada y poética no tiene nada de didáctico, mucho menos de edificante. El pandemónium en el que se desarrolló el ministerio afroamericano de Malcolm X, por supuesto, no se prestaba a la tibia confortabilidad de ne-

³⁶ Aray, 2014, p. 24.

³⁷ *Ibidem*.

gociaciones políticas sin un rumbo justiciero específico: «También, yo creo, es verdad. / Soy un musulmán y creo en la fraternidad de todos los hombres. / Pero mi religión no me convierte en un tonto³⁸». Por lo que él mismo sabía, al igual que King, su posible muerte por asesinato, dadas las coordenadas poco propicias para el cambio de raíz de una sociedad postvictoriana, violenta y esclavista: «Mostré los crímenes abominables de su raza / contra mi raza. / Escogieron mi muerte. / (...) / En cuanto a mí, / séptimo hijo de mi padre, / siempre pensé que moriría así, / de muerte violenta. / Todo lo que hice condujo a esto. / Hice todo lo que pude para estar preparado³⁹». Los dos paneles forman parte del *Memorial de cordero asesinado* con su monseñor Romero, Roque Dalton, Chico Mendes y Víctor Jara, entre muchos otros.

La oralidad y el verbo transparente e inequívoco adversan como ardiente muro profiláctico a la pestilencia de la violencia, el hambre y la pobreza en América entera. Preside una «poética del decir», no en balde el uso de la imagen surrealista en la claridad y el rigor de la expresión, que va paralela a los profetas bíblicos, Ernesto Cardenal, Thomas Merton e incluso la heterodoxia marxista apóstata de Roque Dalton. La inducción infectocontagiosa de las lenguas se cuele a través de la propaganda y los embusteros partes de guerra que ni vindican ni homenajean a los muertos apestados de hambre, injusticia y pólvora: «La democracia necesita buena democracia. / Buena artillería / El público no importa. / Usted ordena / Las radios los locutores / mil films los discursos miss prensa / Nuestros hijos / Ellos nos disculparán / Ellos contarán nuestra vo-

³⁸ *Ibidem*, p. 40.

³⁹ *Ibidem*, pp. 41-42.

luntad. // ¡Los muy hijos!⁴⁰». Entonces, he allí los efectos de esta pandemia política y militar: los cerros de cadáveres, el aislamiento, la cuarentena, el exilio endógeno y exógeno. La bipolaridad política este-oeste y norte-sur se reconvierte en lo psicológico, lo sociológico y lo existencial para sacudir a los lectores con una imaginería medieval andante como la peste bubónica y las peregrinaciones religiosas, fetichistas y bélicas a los lugares santos. Leer el *Apocalipsis* a la vera de los miedos de la infancia no es más aterrador que leer la traición de Lyndon B. Johnson o, peor aún, la arrogancia insufrible y el racismo obsceno de Donald Trump que zahiere la inteligencia de sus compatriotas.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 26.

Historia de Valencia (siglo XIX) (1984) **de Luisa Galíndez**

Al final del capítulo XLV de esta crónica apretada de la ciudad de Valencia, la de Venezuela, correspondiente al siglo XIX, Luisa Galíndez se detiene a considerar la epidemia de viruela que se apoderó de la ciudad con una saña que retrotrae al asediador José Tomás Boves el terrífico año de 1814. Desde marzo hasta noviembre de 1898, la conservadora urbe soportó la peste con un estoicismo extremo. El saldo de fallecidos fue de mil quinientos quince de un universo de alrededor de veintisiete mil habitantes, lo cual equivalía al 5,6 % de la población. Hoy, ciento veintidós años después, el coronavirus ha cobrado al Jueves Santo 9 de abril de 2020, siete víctimas mortales en Venezuela y ninguna en Valencia, no obstante la rigurosa pero efectiva cuarentena.

Si con la sádica bailanta sangrienta de Boves caía simbólicamente la Segunda República obsequiada por la Campaña Admirable de Bolívar un año antes, la muerte por la viruela finisecular anunciaría la ascensión al poder de los andinos encabezados por Cipriano Castro, el bailómano, y su compadre Juan Vicente Gómez, Juan Bisonte (los alias son de la marca egotista y sarcástica del polígrafo caraqueño Rufino Blanco Fombona).

La presentación del escritor Oswaldo Feo Caballero nos habla de la pertenencia de la historiadora a la mal llamada valencianidad, una categoría de casta aristocrática, impertinente y equívoca. Respecto a la problemática de las pandemias, Feo pareciera un pregonero salido de un relato de fin de siglo que oscila entre el terrorismo medieval

y la hipersensibilidad romántica de un Abigaíl Lozano: «Las penalidades sufridas por Valencia en sus grandes epidemias, caídas sobre la ciudad como un apocalipsis, diezmando a su escasa población⁴¹». Por fortuna, la narración de Luisa Galíndez no padece de atavismo alguno ni de estridencia estilística decimonónica. Apuesta por una austeridad en un discurso literario más cercano al periodismo. Nos parece heredera de la sociología positivista de Comte con sus aparejos prestados por las ciencias naturales. Sin invocar a Césares democráticos ni la ira del Dios veterotestamentario, nuestra sigilosa cronista procura una prosa lo más exacta y transparente posible. Eso sí, destilando sin ruido ni fobias de prosapia suspendida, una concepción conservadora de nación.

Teniendo en cuenta otros antecedentes del andar fantasmagórico de la viruela en la ciudad, como los de los años 1580, 1588, 1863 y 1864, Galíndez nos describe el inicio de su recorrido pestilente de 1898 con un afán objetivista, desprovisto de artificios del estilo conducentes al tremendismo: «La epidemia comenzó en el barrio Las Cocuicitas, siguiendo por los lados de la Caja de Agua y se presentó un caso en la parroquia Catedral, el enfermo fue trasladado por las autoridades a una casa a extramuros de la ciudad⁴²». He aquí una modesta pero funcional cartografía de la peste de viruelas del 98, sin poses científicistas ni fallidos arrebatos místicos asentados en la histeria colectiva.

Sin restarle mérito a la religiosidad popular, la cual apeló a la Virgen del Socorro como caminante a contracorriente de la enfermedad infecciosa, la relatora flemática destacaba la épica civil de los médicos de Valencia, cuya

⁴¹ Galíndez, 1984, p. 7.

⁴² *Ibidem*, p. 188.

ayuda también sería solicitada amén de complementar los prodigios de la Patrona por venir: «En abril el doctor Borjas recibió de Caracas buena linfa y la ofreció a todo el que quisiera vacunarse⁴³».

A la escritora no se le escapan detalles relativos a la insalubridad citadina. Se quedaría con el combate higiénico y médico de Nostradamus contra la peste en Francia, antes que con una lectura amarillista y escandalosa de sus profecías que se esconden en las *Centurias*. Lo denuncia con la fidelidad endurecida de la narrativa naturalista:

Se recomendaba la mayor energía en la cuestión del aseo urbano, porque Valencia era una ciudad sumamente desaseada, había calles por donde no se podía pasar por el mal olor de las aguas corrompidas. No existía un centro público de vacunación. En las pulperías se veían colgadas sobre cuerdas sucias tiras de carne salada llenas de moscas⁴⁴.

Esta cualidad asimilable a un pozo séptico ha sido una dejadez característica en la historia reciente de Valencia. Ello sin contar con la sucesión de crímenes patrimoniales que no hace mucho inventariamos a vuelo de pájaro: la enumeración llegaba a cerca de cincuenta casos, desde la destrucción de un mural del pintor Eulalio Toledo To-var ubicado en una sede del Banco de Venezuela, hasta la desaparición de una de las piezas del monolito de Bolívar en la Plaza Mayor de la ciudad industrial del país.

Remedando el *Éxodo* bíblico, la gente apeló al marcaje mágico de las fachadas de sus casas para que la epidemia pasara de largo. Tal era la ingenua y muy frágil reacción

⁴³ *Ibidem*, p. 188.

⁴⁴ *Ibidem*.

al aislamiento o el exilio interior al que obliga la peste magnificada por el imaginario colectivo:

Puertas y ventanas de las casas exhibían panzudas matas de zábila, la gente supersticiosa creían (*sic*) que estas plantas preservaban de todo maleficio. La bosta de ganado prestaba importante papel atribuyéndosele propiedades desinfectantes, ya en forma de sahumero o en infusiones con leche⁴⁵.

Más vale la hermenéutica calmada del historiador que el ocultamiento sesgado de los vicios de la ciudadanía, sin importar que godos y patas en el suelo sean cómplices en la lamentable autoestima del pueblo valenciano.

Despejada la epidemia, la cronista pinta con la palabra una acuarela de colores cálidos que reseña la vuelta a la ciudad de sus habitantes, luego de un cautiverio forzoso de nueve meses. Fue, si se quiere, un parto con fórceps de resultado refrescante que luego se prestaría a festividades diversas, tal como ocurre en la comedia *Mucho ruido y pocas nueces* de Shakespeare. Este paradójico *happy end* ocultaría por muy poco tiempo nuestra recurrencia a la crisis en todos los órdenes: la pandemia hecha país con el bloqueo de nuestras costas en 1902 por potencias colonialistas, la ejecución sumaria del general valenciano Antonio Paredes en 1907, la larga dictadura gomecista de 1908 a 1935, el Dorado petrolero que nos ató más de manos y pies como república, la fatalidad de la expedición del *Falke* y pare usted de contar calamidades y cantarlas después en un tango de la desesperanza.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 189.

Leprosos (2013) de Ángel del Mar Mejías Guiza

Esta narradora y comunicadora social oriunda de Barinas, nos impactó en la complacencia del lector agradecido, con su primer libro, una colección de relatos titulada con sugestión inquietante y poética *Mapas de sangre*⁴⁶. De este conjunto bien trabado en una prosa presidida por el periodismo de raza, el cuento hiperrealista y la atmósfera expresionista, destaca «Leprosos», una crónica cuentística que problematiza la reclusión por una enfermedad infectocontagiosa que implica la marginalización social, cuasi medieval, en pleno siglo XXI.

Este reportaje es un texto profético que no desentona con los vicios injustificables del tercer milenio en curso. Denuncia sin cortapisas la condición de islote del leprosario, no importa su ubicación lacustre, la isla de Providencia, o en tierra firme, el Hospital Cecilia Pimentel del estado Zulia: aislamiento, mengua y sufrimiento en un laberinto por demás precario. Tenemos, pues, una tetralogía, aparentemente minimalista por el ámbito claustrofóbico, de la lepra como la pandemia aislacionista y marginal por excelencia. El pavoroso islote que es el leprocomio se sostiene en las aguas equívocas del Lago de Maracaibo o en tierras aledañas, fuentes geográficas de El Dorado petrolero, distopía tratada por pocas voces de la literatura venezolana.

A tal respecto, Annel del Mar Mejías Guiza recurre a recursos expresivos del «decir» de una extraordinaria

⁴⁶ Ángel del Mar Mejías Guiza, *Mapas de sangre*, Monte Ávila, 2013.

contundencia: la oralidad o el habla del paciente / recluso que lo visibiliza a sí mismo para escarnio de una sociedad ignorante de su pobreza ética y existencial en medio del consumismo y la opulencia ilusoria. Como lo afirmaba el entonces presidente del Banco Central de Venezuela en la década crítica y coyuntural de los ochenta, Leopoldo «El Búfalo» Díaz Bruzual, el país petrolero tampoco era rico pues ni producía riqueza (sino simplemente liquidaba una renta) ni mucho menos la distribuía con la equidad del caso, no obstante el cariz populista del modelo político y socio-económico.

Asimismo, el P(x) aquejado de la humillante lepra, según el indolente prójimo político y empresarial, simulada la contradicción en una hipócrita nomenclatura médica, sale del reclusorio y el estigma milenario del leproso, cuando se le refiere por su nombre propio: Francisco Paredes, Magno, Francisco «Periquito» Albornoz y Juan Parra dejarán de ser en el papel literario una masa informe igualada en la desgracia y las estadísticas del Ministerio de Salud. Aparte de las enfermeras, las doctoras, la periodista relatora en primera persona y la lepra misma, ¿no hay mujeres confinadas por esta pestilencia que los exilia en el islote?

60

Si Tucídides realizó la mejor descripción de la peste, porque él mismo la padeció junto a otros pacientes marginalizados, Annel del Mar deja respirar la definición insuperable de la lepra en boca de uno de sus protagonistas sufrientes, Francisco Paredes: «“¡Ah!... no escucho, esta enfermedad es una enramada —dice—, te come todo: no veo, tengo problemas en el estómago, no puedo caminar, no escucho”, dice mientras se toca sus orejas deformadas⁴⁷». No se trata de la enramada que Pedro prometió

⁴⁷ *Ibidem*, p. 44.

(balbuceando de miedo, asombro y en shock) a cada egregio transfigurado de nuestra fe para su bienestar en el portentoso, Jesucristo, Moisés y el profeta Elías. Sino más bien tenemos la tiña que se chupa los jugos vitales, miembros y tejidos del anciano cara de león que se arrastra a sí mismo y su hambre babosa por la habitación: «Su voz se hace cada vez más gangosa y no escucha las preguntas. Empieza a comer sin utilizar los cubiertos, recoge la ensalada con sus dedos en formas de garra y se la mete en la boca. Se olvida de la visita⁴⁸».

Mientras sobrevivan a la enfermedad, tal como lo dice Tucídides en su relato contrito y revelador, los leprosos se sentirán héroes de la lepra trocados en el bestiario fantástico de pájaros cantores o de presa que aparecen en las portadas de los discos del grupo de rock *Budgie* o en las pinturas del recién fallecido Policarpo Contreras. O algunos de ellos esperarán que Cristo en una segunda venida o el venerable José Gregorio Hernández les haga el milagro, tal como lo registran los evangelios de la liberación. Por ejemplo, demos una ojeada a Mateo 8:1-4, luego del Sermón del Monte, Jesús se abocó a la realización de un acto amoroso de habla, «Y he aquí vino un leproso y se postró ante él, diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme. / Jesús extendió la mano y le tocó, diciendo: Quiero; sé limpio. Y al instante su lepra desapareció» (Mt. 8, versículos 2 y 3).

El segundo panel de la tetralogía se detiene en la historia sucinta de Magno, nombre que alude al pasado helenístico y no a la precariedad del paciente que se desplaza con dificultad por los pasillos del Hospital Cecilia Pimentel. Con un hilo bochornoso de baba que juguetea en su boca, nuestro personaje carece de cabalgadura e itinerario con-

⁴⁸ *Ibidem*, p. 44.

quistador: la gangrena le arrebató los dedos de los pies, encajonados en zapatos pobres de horma reducida. La triste falange de las manos no ocupa lugares exóticos que le den vuelo a la autoestima, por el contrario, apenas para darle un precario calor a la mirada decepcionada.

Francisco «Periquito» Albornoz, en cambio, da rienda suelta a su espíritu parlanchín. Construyó con la palabra y las manos su propio espacio, si se quiere tan bonachón y alentador como él mismo. Tiene como posesión en este exilio varias mesas, un gabinete, cocina de una hornilla y un televisor como sacado de una instalación de Claudio Perna, maestro tutelar del «arte pobre» en Venezuela. Este colega de San José obrero y artesano se vale de la carpintería de la sobrevivencia en la más abyecta precariedad material y anímica: Periquito apuntala su Yo, el más entusiasta posible, a navaja limpia, «¿Y ese clóset?». “Hecho por mí... Siempre he dicho que cuando Dios le da un don a uno hay que aprovecharlo”⁴⁹». Él nos cita a San Pablo, ciudadano romano pragmático y cristiano converso fundador de una nueva fe, haciendo carpas a orillas del Lago de Maracaibo, para predicarle su palabra pícaro a maracuchos y goajiritos. Annel se encuentra con su colega Periquito, el cronista oral y legislador urticante del leprosario: respecto a un recorte de periódico guardado en su archivo muy modesto pero proveedor incómodo de astillas que se nos encajan en la piel, titulado «Pacientes del hospital Cecilia Pimentel claman ayuda», este relator sobrenatural sentencia «“Claro, la mejor manera de deshacerse de la lepra es matando a los leprosos, porque esta es una enfermedad de pobres”⁵⁰». No hay que echarse al pico

⁴⁹ *Ibidem*, p. 47.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 49.

al mensajero, nos decimos entrelíneas mientras extraemos las inoportunas astillitas con una aguja alpargatera.

Juan Parra cierra en un final abierto, pero poco propicio a las buenas intenciones piadosas, la tetralogía intensa que nos invade impune el corazón hasta entonces endurecido. Es otro de los *freaks* de este circo que no causa ni entraña estado alguno de Gracia. Se nos parece a uno de los fenómenos verdaderos que pueblan *Freaks*, ese extraño y sobrecogedor filme de Todd Browning: el mutilado de manos y pies que con los muñones puede encenderse un tabaco. Hace dupla con el sacerdote Aarón del lugar, haciendo las veces de su hermano el taciturno Moisés, pues «defiende todo lo que dice Periquito quien, como un típico perico, no deja de hablar de lo abandonados que están en ese hospital⁵¹».

El relato «Un acto de compasión» constituye una coleta del cometa «Leprosos», eso sí, con hojillas de afeitar pendiendo del rabo del papagayo o zamura. La enfermera Marta le dispensa a Periquito su cuerpo en la hamaca, para que la acaricie y fluya en ella como marea pestilente que atraca con su detritus en una playa dorada. El acto de compasión no es de un utilitarismo piadoso, sino de un erotismo humanístico muy precioso y desconcertante: «Y se enamoró de ese esperpento de hombre, se perdió en esa mirada febril y en las manos huesudas de quien decía haber sido un aclamado violinista⁵²».

Lo que se pudiera malinterpretar como un texto pornográfico y sádico, tal como ocurre con el gigante libertino y semidiós anarquista del Marqués rescatado de la Bastilla por una turba desarrapada del populacho, no es más que la dignificación de estos seres humanos muy a pesar

⁵¹ *Ibidem*, p. 50.

⁵² *Ibidem*, p. 82.

del infierno hospitalario, casi penitenciario, con el que obsequiamos cruelmente a estos «compañeros pacientes», como bien los llama el «Doctor de Almas» —no mero alienista— y poeta Luis Enrique Belmonte. «A pesar de compartir los mismos platos, dormir desnudos, uno al lado del otro, Marta no se contagió de la lepra. Su romance no dio qué hablar en la isla, pues eran comunes esos fogueos de amor entre las enfermeras y los leprosos⁵³».

El confinamiento punitivo que les propina la civilización no le resta un sentido picaresco y negro del humor a este estupendo cuento. Periquito, desaparecidas sus capacidades amoratorias, sigue siendo correspondido por el «amor loco» de su enfermera ninfómana: «Y no sirvió más como hombre. En los últimos meses, Marta solo lo usaba para masturbarse. “Así no pierdo la práctica”, comentaba entre las enfermeras⁵⁴». Como colofón de la tetralogía y, por supuesto, de esta magnífica coda, Periquito, el imperturbable Job empero preso de los celos, inquiere de Marta su conocimiento y opinión sobre un recién llegado (posible adversario en el amor de la traviesa y pervertida amante).

—Marta, ¿has escuchado hablar de ese marino alemán que tiene tatuajes hasta en los cojones? —le preguntó a la mujer que apenas lo vio de reojo.

Un silencio se asomó entre las paredes. El enfermo de la cama de al lado tosió repentinamente. La mujer recogió las medicinas en una bolsa de papel.

—Sí... —le respondió mientras salía del cuarto— y es verdad, tiene los cojones tatuados⁵⁵.

⁵³ *Ibidem*, p. 82.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 83.

⁵⁵ *Ibidem*, p. 83.

Una sonrisa nuestra, para nada compasiva, ante esta escena de *pietá* estrambótica, es la reacción gratificante y agradecida por la portentosa cualidad pantagruélica del texto que se desparrama en clave caribeña, necesaria en esta cuarentena que nos recoge en la relativa comodidad de nuestras casas.

He aquí la magia de una escritura que, sin ser barroca en la forma, homenaja en un guiño cómplice y picante al realismo maravilloso de Carpentier y las herejías orales e impertinentes del Gabo. Por tal razón, Job en la situación extrema de su sufrimiento convenido entre Dios y el Diablo, ratificó su modo de vida teístico en la rebeldía y la díscola denuncia. Insistimos en nuestro ritornelo escritural a raíz de tan privilegiado diálogo con la guapa y vivaz Annel del Mar: la fe es inconcebible sin la sal de nuestras contradicciones.

Epidemias (Masa y poder, 1960) **de Elias Canetti**

Elias Canetti es una de nuestras voces predilectas, tanto en sus textos autobiográficos —*La lengua absuelta*, 1977, *La antorcha al oído*, 1980 y *Juego de ojos*, 1985—, sus ensayos —«*La conciencia de las palabras*», 1975— y relatos breves —*El testigo oidor. Cincuenta caracteres*, 1974—, como en sus obras monumentales —la novela *Auto de fe*, 1935, y el ensayo *Masa y poder*, 1960—. Nos fiamos de su condición de custodio de las metamorfosis registradas en la literatura universal a la hora de apuntalar nuestra conciencia del oficio agonístico pero placentero de la escritura propia y del prójimo.

En *Masa y poder* tenemos un texto muy breve sobre las pandemias como motivo y personaje activo que sacude a la humanidad. *Epidemias* representa un homenaje y apoyo sentido en Tucídides, quien en su *Historia de la guerra del Peloponeso* realiza la más válida aproximación al tema de la peste, pues, el historiador griego no solo padeció la enfermedad, sino que la sobrevivió increíblemente. Por tal razón, no obstante la brevedad de su propio ensayo, Canetti hace una larga cita que sintetiza las ideas y los argumentos más resaltantes de su ensayista colega, compadre y, por ende, contemporáneo.

Así como dialogó majestuosa y solidariamente con la correspondencia entre Kafka y Felice Bauer en el brillante ensayo «El otro proceso de Kafka», 1969, Elias Canetti lo hace de la misma manera con Tucídides, como si ambos compartieran un breve viaje en tranvía. Somos testigos afortunados de este encuentro corto pero por

demás intensivo. La anarquía que trae consigo la peste implica una nueva configuración sociohistórica: bien sea resbalando hacia el nihilismo colectivo o, su antípoda, una conmoción interior de individuos privilegiados que enriquecen su búsqueda vital. Dice Tucídides:

Ningún temor de los dioses ni ley humana los detenía; de una parte juzgaban que daba lo mismo honrar o no honrar a los dioses, dado que veían que todo el mundo moría igualmente, y, en cuanto a sus culpas, nadie esperaba vivir hasta el momento de celebrarse el juicio y recibir su merecido; pendía sobre sus cabezas una condena mucho más grave, que ya había sido pronunciada, y antes de que les cayera encima era natural que disfrutaran un poco de la vida⁵⁶.

La cosa nos trae a colación una lectura cinematográfica y otra literaria, ambas provenientes de Alemania. El nihilismo espontáneo, la dejadez o la resignación orgiástica del baile de la peste en la película *Nosferatu*, de Werner Herzog; y, por oposición, el trabajo silente, paradójico y edificante de búsqueda interior de Hans Castorp durante su convalecencia en el sanatorio antituberculoso de la novela *La montaña mágica*, 1924, de Thomas Mann. La epidemia como sentencia segura de muerte del colectivo arroja estas dos alternativas: el aislamiento en medio de la masa de cadáveres provista por el adversario invisible que es la peste, no importa que tal exilio endógeno se exteriorice en el jolgorio callejero de los condenados o enmudezca en una torturante misantropía solitaria o la confrontación del hombre libre no solo por su supervivencia y salud física, sino en especial por su integridad ética y existencial.

⁵⁶ Canetti, 2005, p. 409.

Por supuesto, el superviviente del que hablamos no se convierte en un superhombre o inexpugnable «héroe de la peste», tal como bien lo aduce la sociedad literaria Tucídides / Canetti respecto al equívoco:

No obstante, eran los que ya habían salido de la enfermedad quienes más se compadecían de los moribundos y de los que luchaban con el mal, por conocerlo por propia experiencia y hallarse ya ellos a salvo (...) Así, recibían el parabién de los demás, y ellos mismos, debido a su gran alegría del momento, abrigaban para el futuro la vana esperanza de que ya ninguna enfermedad podría acabar con ellos⁵⁷.

Nos quedaríamos entonces con la contristación y la empatía del que se curó respecto a la masa infectada. El proceso de apuntalamiento de su personalidad en función de un proyecto de vida a contracorriente de la manada o ristra de ciegos guiados por el tuerto poderoso de turno, implica una lucha consigo mismo (la confederación de yoes o voces interiores), en primera instancia, la cual redundará enriquecida en su enfrentamiento con un entorno poco propicio.

68 Acompañamos a Tucídides y Canetti en lo que toca a las semejanzas y diferencias entre la guerra y la peste. En ambos casos, se emparentan en el resultado: una montaña de cadáveres. El sefardita búlgaro lo vislumbró el año 1924 en un lienzo de Pieter Brueghel el Viejo, *El triunfo de la muerte* (1560) y luego en su causa / efecto plasmada en *La parábola de los ciegos*, quizás con la misma inquietud que le provocó el ascenso del nazismo en Alemania

57 Tucídides citado por Canetti, 2005, p. 409.

el año 1933. La contemplación o lectura de las pinturas prefiguró la del contexto político europeo, de manera que lo movió a trabajar el ensayo *Masa y poder* durante una generación agobiada por la destrucción. Asimismo, la guerra y la peste involucran un cataclismo prolongado en el tiempo, mientras que un terremoto es cuestión de segundos y una vaguada se desarrolla en horas o pocos días.

Solo que en la guerra tenemos a la vista la apariencia y presencia del bando enemigo, seres humanos como nosotros con sus pulsiones, frustraciones, odios y afectos. La peste, en cambio, es invisible como el espíritu retaliativo de Jehová que le propinó al poder concreto de faraón diez plagas espantosas, sobre todo cuando él pasó imperceptible por la tierra y le arrebató los primogénitos a los egipcios con la muerte. En palabras del maestro Canetti: «Solo que el enemigo está oculto, por ningún sitio se lo ve; nadie puede atacarlo. Solo cabe esperar a que ataque él⁵⁸». Tal es el estigma imborrable de Job o Jonás, quienes sobrevivieron a la desgracia azarosa, en un caso durante un reto o apuesta entre Dios y Luzbel, en el otro la reclusión fue en el interior de una ballena. La muerte colectiva por un adversario enmascarado de rojo *bermelho*, como se comprende, deja sus secuelas a medida que crece la pila de cadáveres por inhumar en fosas comunes o por cremar como holocausto al insaciable poder fáctico.

Si entroncamos con nuestra experiencia en la cuarentena de hoy (con el coronavirus al asedio, monarca multinacional y pestilente por destronar), la cual nos vincula con el resto del mundo a un lustro de completarse el primer cuarto del siglo XXI, pareciera esta tregua epidemiológica la continuación de la reedición de la Guerra Fría entre

58 Canetti, 2005, p. 410.

USA, Rusia y China, esta vez de coprotagonismo tripolar. Por lo visto, las montañas de cadáveres continuarán api-lándose, solo que variará la estrategia de la conflagración.

¿No será hora de proponer un modelo alternativo, autogestionario y liberador que supere el desmadre y el despropósito del mundo a la luz de la peste y la revisita de la Guerra Fría?

***La muerte en Venecia* (1913) de Thomas Mann**

Esta novela, no nos queda duda, prefigura a *La montaña mágica*, 1924. Ambas se refieren a enfermedades infectocontagiosas que afectan y mueven a sus personajes por vías de búsqueda interior diferentes. Por supuesto, el ámbito remite a la reclusión y un relativo aislamiento: en el caso del adulto Gustavo Aschenbach, la ciudad de Venecia, mientras que el muy joven Hans Castorp convalece de tuberculosis en un sanatorio ubicado en las alturas de las montañas nevadas del Imperio austro-húngaro. Para Aschenbach, la crisis de la adultez se desarrolla paralela a la Primera Guerra Mundial, trayendo consigo la desilusión ideológica y estética matizada por el amor platónico homosexual. Castorp se encuentra en «la línea de sombra», esto es la transición de la juventud a la madurez en el marco anárquico de la decadencia de la república de Weimar, la cual acarreará el ascenso del fascismo en Alemania.

En *La muerte en Venecia*, Mann no solo trata la coyuntura punzante de la mediana edad, sino que a través del reputado escritor Von Aschenbach, desarrolla una metáfora metapoética de la escritura: «Pero en ese momento de la crisis, su excitación le impulsaba a tranquilizar por medio de la palabra el torbellino de sus pensamientos⁵⁹». Detener el curso de la carrera literaria, haciendo una pausa en el estadio misterioso e intermedio de la madurez, apunta a la reflexión y el balance artístico y existencial: la celda cartuja que lo apartaría del mundo a tal fin no se ubica en su residencia urbana ni en una casa de campo

71

⁵⁹ Thomas Mann, *La muerte en Venecia*, 1983, p. 88.

no tan lejana, sino en la enigmática e intimidante ciudad de Venecia. El personaje protagonista, incubó el deseo de viajar y huir en pos de renovarse y, por qué no, redimirse. Incluso había considerado dirigirse al trópico americano:

Veía claramente un paisaje: una comarca tropical cenagosa, bajo un cielo ardiente; una tierra vigorosa, monstruosa, una especie de selva primitiva, con islas, pantanos y aguas cenagosas; gigantescas palmeras se alzaban en medio de una vegetación lujuriente, rodeadas de plantas enormes, hinchadas, que crecían en complicado ramaje (...) // Pájaros exóticos, de largas zancas y picos deformes, se erguían en estúpida inmovilidad mirando de lado, y por entre los troncos nudosos de la espesura de bambú brillaban los ojos de un tigre al acecho⁶⁰.

Repentinamente, descartó la ruta de los Belzares en Venezuela justificada por la búsqueda insensata de El Dorado, broma y estafa macabra de Carlos V. Entonces de la Pequeña Venecia, la de los palafitos sobre el Lago de Maracaibo, el escritor germano se decidió por Venecia, la de Europa, para exorcizar los temores que le causó una primera visita en sus años juveniles.

72 Aschenbach, al parecer, no completaría su cometido, puesto que sería importunado por el amor platónico, estético y erótico tributado al efebo Tadrio, además de encontrarse de improviso con la peste, escurridiza dama o Atenea ataviada de un variado vestuario. El escritor sabría contradecirse, al abominar de un viejo verde a bordo del barco que lo conducía a la incertidumbre de su destino, para inmediatamente enamorarse de un preadolescente en la tierra acanalada y cenagosa de Venecia.

⁶⁰ *Ibidem*, pp. 9-10.

El escritor, imbuido en la imaginería de sus lecturas (especialmente el «Fedón» socrático según Platón) y su hasta entonces dormida concupiscencia, descubre en el Hotel Lido, como por milagro que excede la casualidad y la causalidad, al brillante y rubio objeto de su deseo: «Aschenbach advirtió con asombro que el muchacho tenía una cabeza perfecta. Su rostro, pálido y preciosamente austero, encuadrado de cabello color de miel; su nariz, recta; su boca, fina, y una expresión de deliciosa serenidad divina, le recordaron los bustos griegos de la época más noble». Más adelante, la mirada educada del espectador se solaza en el goce erótico y pasional del caballo viejo enamorado: «Y siendo su forma de clásica perfección, había en él un encanto personal tan extraordinario, que el observador podía aceptar la imposibilidad de hallar nada más acabado⁶¹». El adonis adolescente no se equipara al poderoso David triunfante de Miguel Ángel, dada su aparente constitución enfermiza, sino a la fragilidad etérea de los jovencitos y querubines pintados por el venezolano Arturo Michelena.

El apetito socrático por la belleza materializada en el adolescente polaco desplegaría sus alas al cielo enrarecido de Venecia oponiéndose al látigo del siroco:

A un hombre de la seriedad de Aschenbach le pareció aquel momento una ocupación apropiada y suficiente adivinar, investigar qué nombre podía ser el que sonaba algo así como «Adgio». Con ayuda de algunos recuerdos, pensó que debía de ser «Tadrio», diminutivo de «Tadeum» y que se pronunciaba «Tadrín»⁶².

⁶¹ *Ibidem*, p. 49.

⁶² *Ibidem*, pp. 62-63.

Se trataba de la imperiosa necesidad de nombrar al prístino objeto del deseo que excitaba la libido sexual y estética, amén de la pulsión entusiasta por la vida. Importaba más escapar del envejecimiento en ciernes que preocuparse por la inminencia inevitable de la guerra, cometido el magnicidio del archiduque Francisco Fernando.

Más adelante, distraído en sus ardores e ignorando la presencia cercana de la peste, el escritor prestigioso se forja con su efebo y discípulo —en un diálogo socrático a distancia— fantasías colindantes con el Paraíso olímpico de tenor pagano:

La visión de aquella figura viviente, tan delicada y tan varonil al mismo tiempo, con sus rizos húmedos y hermosos como los de un dios mancebo que, saliendo de lo profundo del cielo y del mar, escapaba al poder de la corriente, le producía evocaciones místicas, era como una estrofa de un poema primitivo que hablara de los tiempos originarios, del comienzo de la forma y nacimiento de los dioses⁶³.

Arrebatado por el amor erótico, el escritor de ficción se quedaría en Venecia para luego caer víctima de la peste, una variante indo-oriental del cólera, mientras que Mann, el escritor de carne y hueso, acarrearía pronto las maletas en un largo exilio. El ensayista Pedro Téllez, primeras ediciones en alemán mediante, nos dibujó el croquis apresurado de la cartografía literaria y exilada del gran novelista alemán con la complicidad de Bernard Fisher, su editor: Tenemos, por ejemplo, los ensayos «¡Atención, Europa!» y «El triunfo final de la democracia», de 1938, la trilogía novelística *José y sus hermanos* (1933- 1943), *Carlota en*

⁶³ *Ibidem*, pp. 63-64.

Weimar (1939) y *Doctor Faustus* (1947). Mientras huía de la epidemia fascista, Thomas Mann iba combatiéndola con sus libros publicados en el extranjero. Extraña terapéutica contestataria esta del nacionalismo alemán absorbente a la ciudadanía democrática universal.

El capítulo V y final de la novela supone la aparición protagónica de la peste como personaje antagonista (hasta este momento, Aschenbach lo había sido de sí mismo con sus titubeos, deseos reprimidos y contradicciones, manifiestos en el irse o quedarse en la ciudad pestilente). Las góndolas serían entonces ataúdes fluviales que se perseguirían entre sí, la del tutor escritor tras la de Tadrio y sus acompañantes femeninas. De su atisbo en el aire y las hablillas de la gente (no acertando un día en hallar a su ídolo púber, el escritor «advirtió de pronto en el aire un aroma peculiar (...) un olor dulzón, oficial, que hacía pensar en plagas y pestes y en una sospechosa limpieza⁶⁴»), la pestilencia mostraría sus rostros cínicos apoderándose de un barbero, un calculador empleado inglés de una agencia de viajes y, finalmente, una nómada y marginal banda musical que amenizó el Purgatorio del Hotel Lido. La epidemia malsana se huele pero no se le ve tal cual es, no reviste la majestad de zarzas ardiendo ni la espectacularidad de transfiguraciones que hagan balbucear la lengua y el alma.

La bitácora del cólera hindú, relatada por el empleado británico, partió del Delta del sagrado río Ganges, atravesó «selvas e islas vírgenes» para golpear a China, Afganistán y Persia. Europa no sería excepción topográfica de este antecedente de la infame y tan cacareada globalización finisecular del XX: Moscú, Tolón, Palermo, Nápoles y Venecia. «La peste, negada y escondida, seguía haciendo

⁶⁴ *Ibidem*, p. 101.

estragos en las callejuelas angostas, mientras el prematuro calor del verano, que calentaba las aguas de los canales, favorecía extraordinariamente su propagación⁶⁵». La transfiguración ficcional del «Fedón» de Platón, tan solo fue un intermedio feliz en un oasis breve, si se quiere, que no detendría el avance invasivo del cólera que contaba con los canales de aguas pútridas y el siroco como medios propicios de dispersión infecciosa:

Sócrates (Aschenbach) adoctrinaba a Fedón (Tadrio) sobre el deseo y la virtud. Le hablaba del espanto que experimentaba el hombre sensible cuando sus ojos contemplaban un reflejo de la belleza eterna; de las concupiscencias del profano y el malvado, que no pueden pensar en la belleza al ver su imagen, y que no son capaces de sentir respeto por ella; hablaba del sagrado temor que acomete al alma noble cuando se le aparece un rostro semejante al de los dioses, es decir, un cuerpo perfecto⁶⁶.

El escritor cautivo del adolescente, al igual que el filósofo griego, estaban conscientes de la mezquindad, indolencia, incompreensión y envilecimiento de su correspondiente contexto histórico y entorno social e íntimo. A Sócrates se le administró la cicuta, mientras que a Aschenbach le besó de muerte el cólera como un Judas circunspecto y solitario.

Pero la peste, de una sabiduría sobrenatural de larga data, coherente tanto en sus apariciones históricas como en sus recreaciones literarias, escogería el momento crucial y el disfraz más adecuado para prender al escritor afamado y acreedor de un título nobiliario por las solapas de

⁶⁵ *Ibidem*, p. 123.

⁶⁶ *Ibidem*, p. 87.

su *yellow jacket*. El picaresco director o líder de la banda de músicos ambulantes, salida seguramente de un circo o de un campamento gitano, sería la máscara cínica tras la que late la enfermedad a risa batiente. Si el paciente psiquiátrico es presentado como la conciencia díscola de la sociedad convencional, el vagabundo encarna por vía poética la voz profética que importuna con sus denuncias e ironías la *dolce vita* de la destacada y elitista clase patricia, proveedora de veneno y virus de laboratorio al vulgo y a sí misma. En contraposición de la sociedad entre la Tragedia y la ópera europea, Shakespeare y Verdi como Dioses tutelares en comandita, la pandilla de músicos venecianos hizo escupir de sus instrumentos modestos una ópera bufa, más cercana a las sátiras de Juvenal y a las lamentaciones de amor y los versos soeces de Catulo, que las elegantes y complicadas comedias de Sir William: «Era una canción que el solitario no recordaba haber oído nunca; una canción popular de dialecto incomprensible, que terminaba en un jocundo estribillo que coreaba a pulmón lleno toda la comparsa⁶⁷». Incluso, a una pregunta de Aschenbach sobre la peste acechante, la muy descarada personificación del cólera indio le da una respuesta elusiva plena de burla y sarcasmo, al punto de parodiar los partes informativos muy embusteros del gobierno de la ciudad, más interesado en el turismo y el comercio que en la salud de la gente, lugareños y extranjeros. Finalizada la función, he aquí la (ir)reverencia con la que el director y su pestilente *troupe* carnavalizada premia los obsequiosos aplausos del público: «Una vez en la puerta, arrojó su máscara de bufón, se irguió elásticamente, sacó cínicamente la lengua a la concurrencia y se sumió en la oscuridad⁶⁸».

⁶⁷ *Ibidem*, p. 117.

⁶⁸ *Ibidem*, p. 120.

Ensayo sobre la ceguera (1995) de José Saramago

Esta distopía novelada de Saramago nos ha conmovido de manera tan intensa que constituye el otro pivote fundamental de este ensayo. Si bien *La peste* de Camus —pasada la terrorífica cuarentena en la ciudad argelina de Orán— apuesta por un optimismo prudente y desconfiado, *Ensayo sobre la ceguera* es también una gran obra literaria que abreva en el pesimismo más inquietante. En el caso del escritor portugués, la pandemia ubicada en un lugar in-nominado como sus habitantes, resulta ser la construcción de una arquitectura oscurantista referida al orden totalitario exterior que induce y estimula la abyecta prisión interior. Las contingencias extremas de la supervivencia en el imperio epidémico de una ceguera blanca, someten y envilecen en el tibio encandilamiento lechoso a las mayorías alienadas que apuntalan ese poder vertical, megalómano y esterilizante que se les impone.

Lamentablemente, «Ceguera» de Fernando Meireles, la desafortunada adaptación cinematográfica de la novela, peca terriblemente por su tibieza discursiva. Se bambolea este ciego tropezándose entre el producto *made in* Hollywood y su contraoferta de Sundance. No se asimila a la maestría de las adaptaciones de Pier Paolo Pasolini (el ciclo de la vida integrado por *El Decamerón*, de Boccaccio, *Los cuentos de Canterbury*, de Chaucer, y *Las mil y una noches*, e incluso *Las 120 jornadas de Sodoma*, de Sade), Luis Buñuel (*Nazarín* o *Tristana* de Pérez Galdós), Akira Kurosawa (*Macbeth*, de Shakespeare, o *Rashomon*, de Akutagawa) o John Huston (*El halcón maltés*, de Dashiell

Hammet, o *Bajo el volcán*, de Malcolm Lowry). Qué decir de la magnífica adaptación de la también distópica *1984*, de George Orwell, llevada a cabo por Michael Radford: la fidelidad a la novela, camisa de fuerza impuesta de antemano por la viuda del autor, fue enriquecida por la fotografía tenebrosa y el montaje delirante. El manicomio de Meireles donde purgan los ciegos la cuarentena, no dice ni cita lo que sí logra la favela en «Ciudad de Dios», esto es una caja negra o sociedad marginada dentro de la otra por demás arrogante. La ejecución políticamente correcta y, si se quiere, pudorosa de los recursos técnicos y estéticos en *Ceguera*, tan solo nos deja la insipidez terrosa de un caldo de lentejas mal aliñado.

Saramago pareciera retrotraer al pintor noruego Edvard Munch, en lo que atañe a la propuesta estética y discursiva de la novela. Estriba en la recreación expresionista de una fábula donde la humanidad enceguecida no le hace justicia al bestiario, no importa si es domesticado o salvaje. La paradójica albura de la ceguera, en la mayoría de los casos, conduce a la abyección y la decadencia de la colectividad y, luego, de la individualidad. La oportunidad de la revelación y el autodescubrimiento ante la crisis se ven boicoteados por el poder fáctico y, peor aún, por la resignación de cada quien: «Se encontraba sumergido en una albura tan luminosa, tan total, que devoraba no solo los colores, sino las propias cosas y los seres, haciéndolos así doblemente invisibles⁶⁹». El iluminismo civilizatorio se hace añicos contra este mal blanco que sobredimensiona las escasas virtudes y los múltiples vicios de la humanidad paciente.

El poder busca despersonalizar en el gregarismo de ciegos extraviados que no avanzan sino que se desencuentran,

⁶⁹ Saramago, 2001, p. 16.

haciendo de las naciones ámbitos inhóspitos a merced de los intereses de la minoría explotadora. Esta novela coral nos presenta una galería de personajes innominados que integran un personaje-masa atribulado y trizado hasta el extremo más malsano: el primer ciego o paciente 0, su esposa, el oftalmólogo y su mujer, la chica de los lentes oscuros, el viejo del ojo vendado, el niño con estrabismo, los ciegos malvados e incluso el perro de las lágrimas. El discurso hiperrealista está tocado por la polifonía de voces fusionadas que vincula lo individual y lo colectivo en esta versión personal y atea del *Apocalipsis*.

De este casting doloroso destaca la mujer del médico, no solo porque es la única que ve el desmadre del mundo a su alrededor, sino debido a su actitud rectora disconforme, activa y dubitativa ante la epidemia de esta ceguera incandescente. Se nos antoja la transfiguración ficcional del épico libro de Judit que antecede las guerras de liberación de los Macabeos. Esta «mujer-lazarillo» trasciende su rol de individuo de control respecto al universo o población confinada en el experimento del poder totalitario e indolente. Tenemos, a tal efecto, un narrador pivote acompañante de tercera persona por demás frágil: se apoya en la conductora de ciegos para acometer esta historia claustrofóbica en cuarentena oprobiosa.

Esta alteración, no prevista antes, está motivada por la expresión bajo control, nada vernácula, empleada por el narrador, que poco a poco lo va descalificando como relator complementario, importante sin duda, pues sin él no tendríamos manera de saber lo que ha pasado en el mundo exterior⁷⁰.

⁷⁰

Saramago, p. 167.

La epidemia de la ceguera representa la edificación de una metáfora de Babel referida a la enfermedad como tal y a la condición humana acicateada para bien o para mal en el contexto histórico: «De esa masa estamos hechos, mitad indiferencia y mitad ruindad⁷¹». No obstante que no se especifiquen lugares y tiempos reales falsificados por la historiografía de sesgo ideológico y propagandístico. Nuestra Judit no solo decapita simbólicamente al militarismo formal y el *gang* malandro de Holofernes, sino a apéndices envidiosos del Estado como el funcionarismo, la religión institucionalizada y el discurso mediático alienante. En la cuarentena del hospital psiquiátrico está contraindicada la alternación de los roles, como sucede en los Carnavales tan del gusto de las edades de Oro. Se trata de un infame pandódromo que reproduce la peor versión de la sociedad post industrial: milicos, contagiados que perderán la vista y ciegos se debaten en sus rivalidades de clases neoapocalípticas. El capital salvaje siempre implica la revisita del decadente Medioevo que trae consigo y se evidencia en tiempos revueltos. La tragedia novelada no prescinde del despiadado humor negro que nos iguala en el terror indecible, ello al punto de objetualizarlo en los megáfonos repitiendo órdenes enclavadas en el absurdo y el despropósito terrorista de Estado.

⁷¹ *Ibidem*, p. 51.

Conspiración en Neo-Ucronia (1979) de Francisco de Venanzi

Accedimos a este gran cuento gracias al celo investigador y antologador del cubano Julio Miranda, quien lo incluyó en la muestra *Ciencia-ficción venezolana* de 1979, título n.º 19 de la serie Libros de Hoy, del extinto *El Diario de Caracas*. Seguimos considerando el texto del médico Francisco de Venanzi, publicado por vez primera en la revista *Papeles* del Ateneo de Caracas, como el que más nos impresiona de la colección. Ello sin desmeritar los de Julio Garmendia, *La realidad circundante*, otra de las joyas de la antología, José Balza, David Alizo, Luis Britto García y nuestro amigo Armando José Sequera con sus telescopios sin lentes y la larga caravana de ataúdes vagando en el espacio alrededor de la tierra.

El género de ciencia-ficción convencional es parodiado en este caso, pues no importan en sí las hazañas conquistadoras en otros planetas o galaxias, ni tampoco los artilugios de alta tecnología que las hacen posibles. El exrector de Venanzi se aproxima a referentes puntuales como Phillip K. Dick y Arthur C. Clarke. Nada que ver, por ejemplo, con subproductos y mercancías del cine de consumo como la saga de George Lucas, pero el tratamiento del género sí se entronca con filmes incunables como *Blade Runner*, de Ridley Scott, y *Odisea Espacial 2001*, de Stanley Kubrick, (adaptación del libro de Dick y guion celebrado de Clarke, respectivamente). El telón de fondo intergaláctico o tramoya tecnológica son pretextos para una reflexión profunda sobre la vida y la muerte, la

sumisión y la rebeldía como motivos que han movido histórica y existencialmente a la humanidad. El discurso narrativo se estructura, a tal efecto, en forma dialógica entre Bill y su tatarabuelo George. Más allá de sus implicaciones dramáticas, tenemos un careo filosófico y político en torno al ejercicio posible de la ciudadanía en auténtica libertad (el ideal del Hombre Nuevo no pertenece solo al Che, sino también a Nietzsche y mucho antes a Jesucristo, entre otros, cada quien a por la suya). Ello incluye, claro está, la consideración de los poderes fácticos que someten, alienan y envilecen las sociedades.

Más que ciencia-ficción, tenemos la realización fabulada del género de política ficción, cuyas mejores muestras son las novelas *1984* y *Rebelión en la granja*, de George Orwell, alias Eric Arthur Blair. Quizás el tatarabuelo George es un guiño cómplice que homenajea a Orwell por partida dupla: se nos parece en instantes al Winston que descubre la farsa del Gran Hermano y osa vivir a contracorriente del sistema (el Winston derrotado y reeducado por el orden totalitario se parece a su tataranieto Bill); y en otras ocasiones se refiere a la biografía del autor, asemejando al miliciano de las Brigadas Internacionales y testigo humanista, díscolo y crítico de la guerra civil española.

George le devela a su tataranieto Bill el mundo bizarro y fallido en el que han vivido ambos. Neo-Ucronia, la gran realización civilizatoria de la paleojerarquía, involucciona hacia una dictadura simulada, predatoria y megalómana producto de la corrupción y el envilecimiento del, hasta entonces, liderazgo revolucionario. La tecnología informática y mediática sería el instrumento ideológico por excelencia de la élite dominante. Por ejemplo, en una alusión al terrorismo inquisitorial de las tele-pantallas de

Orwell tenemos que: «Los mensajes provenientes de los satélites pasan a las computadoras de la Central de Inteligencia, que los analizan y los desechan regularmente, a no ser que se hayan emitido vocablos que figuran en el código de subversión⁷²». Los hitos civilizatorios, como la mejora en la calidad y la duración de la vida (*cuasi* colindante con la inmortalidad), las plantaciones hidropónicas, los progresos extraordinarios en la medicina y la genética, e incluso las plantas petrolificadoras de materia orgánica entran en contradicción con la vana gloria del mando totalitario-corporativo: pulsea George con el incauto y alienado Bill

¡Esas realizaciones, con todo el mérito que indudablemente poseen, nada significan al lado de las predaciones y asesinatos que cometimos para instalar Neo-Ucronia; poco valen al confrontarlas con la pérdida del libre albedrío, que ha sido el terrible precio a pagar por esas ventajas materiales! ¡Lejos de ser un pueblo grande, expresión del logro de una elevada meta de la condición humana, tal como a diario nos lo inculcan, somos duros y fríos, insensibles y egoístas, malvados y criminales!⁷³.

84

La utopía realizada solo vive en los libros de Tomás Moro, la Nueva Jerusalén bíblica, Platón o Bacon, por ejemplo. La distopía, entonces, es la realización real, histórica y retorcida de la utopía, tal como también lo han propuesto George Orwell y Aldoux Huxley.

Las plantas petrolificadoras de materia orgánica se convirtieron en los hornos crematorios del presente na-

⁷² De Venanzi, 1979, pp. 22-23.

⁷³ *Ibidem*, pp. 24-25.

rrado en el relato futurista: la cuestión no estribaba en la recuperación de la producción petrolera corporativa (parabién hacia algo peor que las siete hermanas y los desencuentros entre los miembros de la OPEP), sino con qué cadáveres se alimentaba el monstruo negro aceitoso e inflamable. «Y en vez de hablar, como era justo, de asesinar, se usaba el vocablo suave y evocador de alta técnica: petrolificar⁷⁴». He aquí que se matan dos pájaros de un tiro, como acostumbra el uso abusivo y autoritario del poder: Además de aumentar la producción petrolera, tenemos la selección programada de la población excedente al sur del río grande y, por supuesto, de los «enemigos reales o potenciales del Hemisferio Norte». Uno de los instrumentos de destrucción masiva es el *Virus Tribut*, pandemia de laboratorio eficaz a tal respecto:

Se inició la destrucción (en los alrededores de la línea del Ecuador) con la siembra, por medio de cohetes, de los reservorios de agua, previamente bien ubicados con el *Virus Tribut*. En solo tres días, las grandes ciudades se convirtieron en cementerios naturales. Siguieron luego las pequeñas poblaciones y la incontrolable epidemia se extendió rápidamente por los campos⁷⁵.

La peste, en este caso artificio tecnológico y biológico, dispensa la muerte sin que reparemos en el tipo de guadaña. Tal fue su efectividad mortífera, que los que indujeron el virus para tribulación y liquidación del prójimo «subdesarrollado» y subversivo, no pudieron desarrollar el antivirus para protegerse a sí mismos. Por tal razón, se apelaría a plagas de guerra como las bombas de hidrógeno, la invención

⁷⁴ *Ibidem*, p. 26.

⁷⁵ *Ibidem*.

de sectas religiosas infiltradas por el Estado totalitario, el consumo de ácido lisérgico y toxina botulínica hasta provocar un éxtasis que idiotizara a las masas.

Pese a que George con su largo discurso convenció a Bill para que se incorporara a la conspiración rebelde en Neo-Ucronia, el tataranieto por obra y gracia de la tecnología (sumada al miedo universal a los cambios) retornaría al infame redil para beneplácito de la muy abyecta paleojerarquía.

***Cien años de soledad* (1967) de Gabriel García Márquez**

Qué no se ha dicho y escrito de este clásico de la literatura universal. Para nuestro escrutador de almas y amigo, el doctor y ensayista Pedro Téllez, este título es la novela escrita en castellano más notable del siglo XX. El ciclo que García Márquez dedicó a Macondo dialoga y se equipara con la *Comedia humana* de Balzac y, qué duda cabe, el universo sureño norteamericano en su esplendor y decadencia por William Faulkner. Este trío custodio, renovador y prestidigitador de dos lenguas romances y una anglosajona distintas, se puede leer con «morboso placer» indecible a la manera de una simultánea de ajedrez lector que nos vindicará por siempre. *Cien años de soledad* es otro libro de los libros: funciona como utopía y distopía en su punto poético; fusiona la crónica de Indias con la díscola, traviesa y novedosa del siglo XX (para nosotros *Relato de un naufrago* antecede la novela de no-ficción de Capote y el *Nuevo periodismo* de Wolfe, Mailer and Company); además de constituirse en un tratado político rebelde que se disfraza de texto sagrado cosmológico y cosmogónico en la tradición del *Popol Vuh* y el *Chilam Balam*. Incluso, solapa una trampa cazabobos de críticos soberbios y profesores reaccionarios, quienes lo tienen como fuente profética de sus devaneos oscurantistas y especulaciones reaccionarias con la pezuña del anticomunismo jurungándose el rabo. Más allá de las confortables y equívocas etiquetas endilgadas por una crítica de sociedades cómplices (apretujadas como sardinitas en agendas y directorios electrónicos), a nosotros —coincidiendo con

el escritor Luis Alberto Angulo— no nos tiembla el pulso para considerar al Gabo como un brillante poeta y narrador del «Decir» universal.

El pasaje de la Peste del Insomnio (con Bitácora de la Pandemia y todo) se suma a este canon personal y abierto que nos empeñamos en componer (entre el vallenato del *paisa* Escalona y la poesía sinfónica de Heitor Villalobos y las *Bachianas brasileiras*. El itinerario de esta pestilencia del olvido y del lenguaje parte de Rebeca la huérfana comedora de tierra abrazada a su talego musical de huesos cloc, cloc, cloc (como si se tratara del palo de lluvia indígena):

...y entonces vio a Rebeca en el mecedor, chupándose el dedo y con los ojos alumbrados como los de un gato en la oscuridad. Pasmada de terror, atribulada por la fatalidad de su destino, Visitación reconoció en esos ojos los síntomas de la enfermedad cuya amenaza los había obligado, a ella y su hermano, a desterrarse para siempre de un reino milenario en el cual eran príncipes. Era la peste del insomnio⁷⁶.

88 La alusión no solo es epidemiológica, sino histórica y política: la población originaria desplazada de sus tierras y diezmada por la espada y las enfermedades que trajeron los conquistadores europeos. Se establece también un vaso comunicante con una novela publicada veinte años atrás, *La peste* de Albert Camus, quien también planteaba que la epidemia es una forma perversa del exilio y el aislamiento en un islote sobre aguas contaminadas o adosado al continente reseco, bajo el influjo nocivo del poder. La

⁷⁶ García Márquez, 2002, pp. 59-60.

huida despavorida de Cataure y la permanencia resignada de Visitación en Macondo, fueron advertencias desoídas por el patriarca José Arcadio Buendía: a risa batiente argumentó *ad absurdum* «Si no volvemos a dormir, mejor. (...) Así nos rendirá más la vida.⁷⁷», ello sin reparar que la insomne plaga sometería a la vela desesperada de una lengua que cada vez se apropiaba menos de los objetos y, en consecuencia, del mundo. No se sabe a ciencia cierta si José Arcadio pensaba o soñaba despierto a Prudencio Aguilar, el asesinado transmutado en culpa ponzoñosa e interminable. Luego de más de tres días sin dormir, se dieron cuenta los miembros del clan Buendía que ni levantarían el templo de la razón ni resucitarían con una fe renovada.

Ni la farmacopea científicista del boticario ni los bebedizos de Úrsula, la muy simpática matriarca, pudieron contrarrestar «ese estado de alucinada lucidez», de donde las pesadillas y las ensoñaciones son más inquietantes, urticantes y desconsoladoras en la vigilia. Para completar el hecho del parto inesperado de la abuela, el recorrido de la peste se valdría de los animalitos de caramelo hechos en la casa para la venta: «Niños y adultos chupaban encantados los deliciosos gallitos verdes del insomnio, los exquisitos peces rosados del insomnio y los tiernos caballitos amarillos del insomnio, de modo que el alba del lunes sorprendió despierto a todo el pueblo⁷⁸». La peste vuelve por lo suyo ataviada del disfraz-golosina que chupan con ganas los condenados al olvido. José Arcadio Buendía, patriarca fundador, convocó a los paterfamilias para convenir las medidas profilácticas que le restaran fuerza al flagelo sobrenatural. Tuvo un inusual éxito,

⁷⁷ *Ibidem*, p. 60.

⁷⁸ *Ibidem*, pp. 61-62.

dada la maldición que pendía sobre el pueblo y la tribu Buendía: «Tan eficaz fue la cuarentena, que llegó el día en que la situación de emergencia se tuvo por cosa natural, y se organizó la vida de tal modo que el trabajo recobró su ritmo y nadie volvió a preocuparse por la inútil costumbre de dormir⁷⁹». La ficción prefigura de nuevo la realidad (les juramos por la cruz como mero decir antes que actitud pecadora, que conocemos al dentista del cuento «Un día de estos» del Gabo, hemos hablado con él e incluso lo asistimos en una extracción de muelas): la realidad venezolana se aproxima más a Macondo que a la metrópolis realista de Caracas, pues tenemos a nuestra gente haciendo trueque, acarreando agua, escamoteando los precarios servicios públicos y, en esencia, resistiendo y/o sometándose a los caprichos de las sociedades explotadoras de cómplices politiqueros, burocráticos y empresariales al estilo del mezquino Ebenezer Scrooge o del efectista macartismo. La peste ha supuesto siempre sacar lo mejor o peor de la humanidad, sin lograr escindir del todo al doctor Jekyll de Mister Hyde, anatema contranatura.

La pestilencia del insomnio traería consigo el olvido que pondría en evidencia la fragilidad y los recovecos de la lengua. No importa (¿O sí?) que las posibles lecturas comprensivas de esta crónica maravillosa, aludan al Alzheimer clínico, histórico o al producido por el desencanto mítico o, peor aún, la destrucción patrimonial de la memoria de los pueblos. Precisamente Aureliano Buendía, el artesano y héroe fracasado de guerras civiles, descubrió tal efecto cuando olvidaba los nombres de los instrumentos y objetos de su taller-laboratorio. José Arcadio, su taita, percibió escandalizado que se le extraviaban los re-

⁷⁹ *Ibidem*, p. 63.

cuerdos en el aire pestilente y soporífero de Macondo. Por lo que el padre y el hijo convirtieron al pueblo entero en un peripatético pero entrañable diccionario del insomnio:

Poco a poco, estudiando las infinitas posibilidades del olvido, se dio cuenta de que podía llegar un día en que se reconocieran las cosas por sus inscripciones, pero no se recordara su utilidad. Entonces fue más explícito (...) Así continuaron viviendo en una realidad escurridiza, momentáneamente capturada por las palabras, pero que había de fugarse sin remedio cuando olvidaran los valores de la letra escrita⁸⁰.

La pandemia del insomnio no se detuvo ni ante el diccionario objetual de Macondo, ni mucho menos por la máquina de la memoria atribuida a José Arcadio, versión mejorada y giratoria del primer glosario que ya había incorporado catorce mil fichas. El enésimo retorno de Melquíades, como si fuese un Ulises disfrazado de viejo, al calor de la familia Buendía con su agüita milagrosa, curó a su hermano de almas José Arcadio, el primero de la dinastía marcada con la desgracia, del mal del insomnio. Desgraciadamente, el Gabo fue atacado al final de sus días con esta plaga bárbara del olvido. Sin embargo, sus libros están al alcance nuestro para el disfrute vital más entusiasta y, claro está, para arrojárselos al cogote de esta aterradora comediante infectocontagiosa.

⁸⁰ *Ibidem*, p. 64.

La plutocracia de Estados Unidos (1906-1907) de Mark Twain

Si examinamos con un ojo salvaje los protoensayos de dos personajes históricos enfrentados como Francisco de Miranda (blanco de orilla entregado a la Inquisición) y Simón Bolívar (mantuano que cometió la novatada de entregarlo en el bochinche de la derrota), observaremos una coincidencia que no se presta a equívocos en lo que toca a denunciar la plutocracia y la vocación expansionista de la clase elitista de los Estados Unidos de Norteamérica. Esto es una mala impresión bien fundada colindante con una epidemia de sometimiento político y económico inducida al resto del continente y, luego, del mundo.

Casi un siglo después, Mark Twain en una serie de crónicas y artículos escritos entre 1906 y 1907, se suma a las voces valientes e irreverentes que han advertido a los lectores la inminencia, el desarrollo y los embates de esta perjudicial peste plutocrática e invasiva. Los textos en cuestión lo manifiestan desde la misma titulación: *La plutocracia de EE.UU.*, *De una futura monarquía*, *Y continúa la plutocracia de EE.UU.*, *Más de la plutocracia* y *Todavía más de la plutocracia*. Ello conforma un manifiesto terco, reiterativo, cuasi anarquista y apóstata en el corazón victoriano entenebrecido del sistema totalitario y corporativo del imperio en ciernes (valga esta digresión, Mariano Picón Salas nos hablaba del imperialismo norteamericano desde su óptica socialdemócrata, mientras que Mario Briceño Iragorry patentó el término *pityanqui* como crítica políticocultural de sesgo demócrata cristiano). ¿Qué pensará hoy el neoconservadurismo norteamer-

ricano y satelital (el latinoamericano de Vargas Llosa y Montaner) de este achaque filo-socialista de Twain?

El primer texto no se guarda nada respecto al adversario. El primer round no es precisamente de estudio, pues el retador tiene conciencia de que hay que aporrearlo con todo desde el inicio. Se trata de David contra Goliat, por supuesto.

El evangelio que Jay Gould dejó tras de sí está haciendo su labor gigantesca en nuestros días. Su mensaje es: «Haced dinero. Hacedlo rápidamente. Conseguirlo en abundancia. Conseguirlo en abundancia prodigiosa. Hacedlo deshonestamente si podéis, honestamente si no tenéis más remedio»⁸¹.

Más adelante descubre su *grey* de discípulos, «los McCurdies, McCalls, Hydes, Alexanders y el resto de esa cuadrilla de bandoleros que últimamente han sido arrojados de sus violados puestos en las grandes compañías de seguros Nueva York⁸²». Paradójica estrategia boxística de un moralista puritano afincado en el oeste norteamericano de pistoleros, exploradores y buscadores de fortunas: humorismo esperpéntico y grotesco hasta un extremo que no muchos lectores conocen. Evidentemente, estos pre *yuppies* acusaron los estragos en el primer round: «Están enfermos y doloridos únicamente porque han sido descubiertos»⁸³.

En el segundo round, el retador cronista se lo apunta al evidenciar el carácter monárquico solapado que se ocultaba tras el sistema federal de gobierno. Míster Root, consejero de la Corte, se convierte en un profeta que no pone

⁸¹ Twain, 2006, p. 158.

⁸² *Ibidem*.

⁸³ *Ibidem*, p. 159.

al desnudo los vicios de su tiempo sino que los inhuma en un ejercicio retórico eufemístico. «Hizo notar los distintos pasos, los pasos ordinarios, que en todos los tiempos han llevado a la consolidación de fuerzas gubernamentales incontroladas y dispersas, para integrar formidables centralizaciones del poder y la autoridad, pero se detuvo sin hacer el total de la suma⁸⁴». El asesor aplica como metodología falseadora de la verdad la descontextualización, tan cara a la política informativa del Departamento de Estado. El crecimiento hipertrofiado de la nación en transición hacia la monarquía y, peor aún, en pos del cesarismo democrático de corte imperial (da lo mismo la política del *big steak* que el Gendarme caudillo del que pontificaba Laureano Vallenilla Lanz), no estriba en las grandes realizaciones como el ferrocarril, el buque de vapor, el telégrafo, los vehículos de combustión interna, la democracia federal de segundo grado y la industrialización, sino en el cómo y en el para qué. En esto, Twain no es muy optimista como los futuristas italianos fascistas, sino se asume en el incómodo rol de profeta aguafiestas con un dejo amargo: «En público hacemos ascos a los títulos y a los privilegios hereditarios, pero en privado los deseamos ansiosamente, y cuando se nos presenta la oportunidad los compramos con dinero o con una hija⁸⁵». El niño terrible del Mississippi llamado Tom Sawyer o Huckleberry Finn no abandona el ardor irreverente del viejo cronista, por el contrario se empecina en oponerse a esta peste de viruela pro-monárquica aunque sea para posponerla el mayor tiempo posible.

Los rounds tres, cuatro y cinco suponen la continuidad del estilo fajador de tan impertinente retador. Los cortos

⁸⁴ *Ibidem*, p. 170.

⁸⁵ *Ibidem*, p. 171.

de derecha se combinan con largos jabs de izquierda, esto es del fraseo breve a las grandes perífrasis argumentales. Aceptaría la invitación de Jones a la esperpéntica, disoluta y soberbia fiesta en el Union League Club. Consciente de ser a mucha honra (¿o descrédito?) un convidado de piedra, Twain realiza un caricaturesco perfil de la plutocracia de su nación:

Sin embargo, aunque estoy dispuesto a doblegar mis principios morales y reunirme con los moderadamente criminales entre los senadores —incluso con Platt y Chauncey Depew—, tengo que decir basta ante Clark, de Montana. De él se dice que ha comprado legislaturas y jueces como otros hombres compran comida y ropas⁸⁶.

Qué cosas, resulta que Míster Clark era el homenajeado en el adulante y pesetero ágape. Por lo que el escritor-fajador a lo Jake Lamota, la emprendió con la llamada diplomacia del dólar en la entrañas de la nación del Destino Manifiesto (este término sería desarrollado tripas afuera por nuestro Rafael de Nogales Méndez en su censurado y secuestrado libro *El saqueo de Nicaragua* publicado en NYC y Londres). Mark Twain, por supuesto, sin obviar la normativa de la etiqueta, agradeció a Míster Jones la invitación (no obstante la retórica lisonjera, el estribillo de «porque es un buen compañero...» y el despropósito de la clase dominante):

Siempre agradeceré a Jones el haberme brindado la oportunidad de estar presente en estas sagradas orgías (...) Naturalmente, por los periódicos conocía de estas cosas, pero nunca había oído a los hombres alabar al

⁸⁶ *Ibidem*, p. 175.

dólar con su propia boca, ni les había visto arrodillarse para semejante acto⁸⁷.

Twain no olvidaría llevarle flores carnívoras al difunto Jay Gould. Este plutócrata y especulador bursátil no solo se hizo de una gran fortuna mal habida, siendo responsable del Viernes Negro de 1869, sino que también se construyó una falsa aureola filantrópica enclavada en el cinismo más perverso:

Cuando este, el primero y más infame de los corruptores de la moral americana de los negocios, nadaba en incontables millones robados y contribuyó con cinco mil dólares para alivio de la desgraciada población de Memphis, Tennessee, en momentos en que una epidemia de fiebre amarilla asolaba a la ciudad. La contribución de mister Gould no le costó sacrificio alguno; eran únicamente los ingresos de la hora que cada día dedicaba a la oración —porque era un hombre de lo más piadoso—, y, sin embargo, la tormenta de gratitud adoradora que recibió su contribución en todo el ámbito de los Estados Unidos, en el periódico, en el púlpito y en el círculo privado, podría haber convencido a un extranjero del hecho que un millonario americano diera cinco mil dólares a la pobre gente muerta o moribunda —cuando con ellos podía haber comprado a un juez de distrito—, era la cosa más noble y más santa de toda la historia americana⁸⁸.

¿Qué les parece esta epidemia doble? Tengan por seguro que la peste plutócrata esconde más crueldad y persis-

⁸⁷ *Ibidem*, pp. 178-179.

⁸⁸ *Ibidem*, p. 176, el subrayado es nuestro y valga un millón lo larga y venenosa de la cita.

tencia que la fiebre amarilla que ya se había enseñoreado de Memphis por un corto plazo. A estas alturas del careo boxístico, Twain va punteando en nuestras tarjetas 30-24.

El cuarto round también se fue por una sola calle. La contundencia del sarcasmo del retador no tiene límites. Ahora no solo le toca al senador Guggenheim (sí, el magnate del cobre que construyó el gran museo homónimo para guardar su colección de arte), otro traficante de cargos legislativos que compró por un millón de dólares la curul por Colorado, sino a la prensa alcahueta y canalla que justificó este soberano ejercicio de corrupción política. «Forma parte de la naturaleza humana el hecho de que ni siquiera los ladrones más carentes de conciencia quieren verse en la picota, en la Galería de Bandoleros⁸⁹». Por fortuna, ni Jesse James, tampoco Billy The Kid, mucho menos Bonny and Clyde califican para esta bochornosa historia estadounidense de la infamia. Tales «honor senatoriales» corresponden no solo a los congresistas Guggenheim y Clark: No obviemos a Nixon, Hoover, Reagan, Oliver North, los Bush, Colin Powel, Obama y Trump, merecidísimos acreedores también a ese museo de la más abyecta villanía. Las dos caídas plutocráticas no movieron al referee a suspender esta carnicería deportiva.

El quinto asalto repitió la misma historia, de allí el título *Todavía más de la plutocracia*. Los *uppers* al hígado de Andrew Carnegie el magnate del acero, uno de los plutócratas más egocéntricos que el retador haya conocido, sacudieron al campeón haciéndolo trastabillar. Como se sabe Carnegie fue un filántropo de medio pelo exaltado por la propaganda y, coincidimos con Twain, por su narcisismo melómano-monocorde respecto a sí mismo: «Y,

⁸⁹ *Ibidem*, p. 181.

sin embargo, como he dicho, su tema único y favorito, el único que en el momento —en el momento social— atrae su interés es él mismo. Creo que hablaría de sí mismo hasta morir si alguien lo escuchara⁹⁰». Para Carnegie, la filantropía era la mejor campaña publicitaria, esto es que la mano derecha cacaree lo que hace la izquierda, bien sea chasqueando el pulgar y el dedo medio o, mejor aún, haciendo sonar una fastidiosa campana de oro. Twain va por muy buen camino, el tarjetero nuestro lo tiene de ganador 50-40 siendo acreedor de los cinco rounds...

Faltando un segundo para la campana, se descalificó al retador Mark Twain por darle un golpe bajo ilegal a la Plutocracia que retiene de chiripa el título...

⁹⁰ *Ibidem*, p. 184.

Epidemia bibliofóbica: *Fantomas contra los vampiros multinacionales. Una utopía realizable* (1975; 2007) de Julio Cortázar

La escritura poligráfica de Julio Cortázar hace picadillo de los compartimientos estancos en que una determinada preceptiva escritural encajona la dinámica de los géneros literarios. El humor asociado a la denuncia profética y no futurológica, desmonta los vicios de nuestro tiempo hasta el extremo de exhibir sus costuras. Si Julio fuera cronista y personaje en *La peste* de Albert Camus, se burlaría escupiendo textos de cronopios y famas al viejo que cazaba con su saliva a los gatos, para luego hacerse fotografiar tiernamente con el mismo viejito rehabilitado de loco amor felino, además del enjambre de amistosos mininos. *Fantomas contra los vampiros transnacionales. Una utopía realizable* de 1975, no solo es una travesura textual colindante con el *collage* que se deriva de un cómic mexicano, sino el fabuloso cronicón sobre una muy histórica pandemia, esto es la destrucción de los libros con el fuego, la censura, la gaveta burocrática / esterilizante y la persecución de los autores que no se avienen con el poder verticalizado.

Desdiciendo al academicismo y la superespecialización científica que alimentan las bóvedas de las corporaciones industriales, comerciales y financieras que le exprimen el tuétano a la humanidad, Cortázar se planta frente a la opresión con un sentido juguetón y corrosivo del humor. La intromisión invasiva del cómic en el contexto histórico del presente narrado se hace posible en la lectura libre

de dicho subgénero popular, plástico y literario. La dama anteojudá que le vendería en la estación del metro el suplemento serial mexicano de muñequitos (*Fantomas y La Inteligencia en llamas*) pontifica una filosofía con zapatos de goma sobre la historia e historiografía que arrancaría de sus cimientos la egolatría desprevenida de La Sorbona, centro del saber al que se le fundieron los fusibles según Bryce Echenique: «—Mire, señor —observó sorprendentemente la vieja—, la historia viene a ser como un bife con papas fritas, uno lo pide en cualquier lado y tiene el mismo sabor⁹¹». Además de *Rayuela*, este divertidísimo pero inquietante volumen realiza otro ejercicio de auto-reconocimiento latinoamericano en el exilio:

De todos los que acababa de ver, acaso solamente las dos chicas venezolanas eran turistas [valga la alusión a dos de nuestros mitos recurrentes, El Dorado petrolero y el Paraíso de las *Misses* de Osmel Sousa]; el resto estaba ahí barrido por el odio de lejanos déspotas, haciendo frente a su destino de incierto término. Los exilados, el vago perfume de pampas y sabanas y selvas⁹².

100 A la fecha de hoy, la llamada y muy promovida diáspora venezolana (por el desmadre republicano petrolero y el asedio económico y político del victoriano sol imperial y sus satélites), ha sido recibida con los brazos cruzados de la xenofobia y los odios históricos (la ausencia de una conciencia integracionista, la envidia de El Dorado negro y combustible, y el ego virreinal envidioso y dispara(ta)do contra la pléyade libertadora salida de una vulgar capitánía general de tiempos de la Colonia).

⁹¹ Cortázar, 2007, p. 10.

⁹² *Ibidem*.

Las viñetas de Peter Cruz y los diálogos y acotaciones de Gonzalo Martre, pasados por la segunda historia de Cortázar que funciona como una larga nota al pie de página, son los ingredientes de una pócima sarcástica que nos cure de la epidemia piromaniaca y biblioclasta (Fernando Báez dixit) de la secta *facha* «La espada de Gabriel» y sus socios los bien llamados vampiros multinacionales. Ello redonda en una hasta entonces inédita dupla artística, política y militante. A la quema de los libros, pandemia histórica y universal, le sale como remedio este palo de vera para sacudir el lomo de los reaccionarios que abominan de la literatura y las artes plásticas. No importa que sean las viudas del puritanismo o, peor todavía, la gente culta con sus caprichosos discursos de pretenciosa autoridad intelectual, ideológica y estética.

Nos simpatiza que este Fantomas bipartito cuente con la participación de grandes amigos nuestros que enorgullecen la lengua multidimensional de la humanidad: Además del mismísimo Cortázar que se imposta a sí mismo, tenemos a Alberto Moravia, Octavio Paz y una Susan Sontag hospitalizada a raíz de un atentado en su contra. A Fantomas, de ladrón más elegante del mundo a custodio bibliográfico universal, se le hizo cuesta arriba la resolución y cierre del caso, pues al igual que las pestilencias infecciosas, la desaparición de los libros excita las tentaciones totalitarias de los politicastros y sus glosadores intelectuales que de sabios... ¡Nicomedes!, como canta Tito Rodríguez en el descampado y la intemperie. «—Me pregunto si no tenían razón, intelectuales de mierda —dijo Fantomas—, días y días de acción internacional y no parece que las cosas cambien demasiado⁹³». A lo que le

⁹³ *Ibidem*, pp. 64- 65.

responde algún ciudadano de a pie: «—Lo bueno de las utopías —dijo claramente una voz afrocubana que resonaba como un cascabel—, es que son realizables. Hay que entrar a fajarse, compañero, del otro lado está el amanecer, y yo te planteo que...⁹⁴». Enfrentársele al mundo fatuo y explotador del neoesclavismo, supone una tarea de Sísifo contingente, plena de contradicciones y desencuentros que bien vale asumir mientras se acaricia la superficie felpuda y aterciopelada del sillón durante la lectura del libro recuperado, sin reparar que Minerva pueda tomarnos de las orejas para dispensar enervantes caricias o, quizás-quizás-quizás, darnos una puñalada artera pues ser cornudo no es suficiente. Claro está, en la ensoñación lectora que se desplaza dentro y fuera de la ficción que nos reivindica como hombres dignos del descrédito de la imaginación.

—Parece el comienzo de *Un perro andaluz* —dijo Fantomas, siempre tan culto.

—Todo en nuestra América es el comienzo de ese perro, viejo, pocas veces hemos llegado a mirar algo de frente sin que la navaja o el cuchillo vinieran a vaciarnos los ojos⁹⁵.

102

El apéndice del libro se refiere al Tribunal Russell II, una Asamblea de Notables en el campo político, académico y literario que se reunió en Roma (abril de 1974) y Bruselas (enero de 1975) «para completar sus trabajos referentes a las múltiples violaciones de los derechos humanos y los derechos de los pueblos en Brasil, Chile, Uruguay, Bolivia, Paraguay y otros países del continente

⁹⁴ *Ibidem*, p. 66.

⁹⁵ *Ibidem*, p. 46.

latinoamericano⁹⁶». Este organismo de justicia universal y humanista, produjo un documento anexo en este volumen atípico que nada tiene que ver con las inútiles declaraciones de principios y las resoluciones desoídas de la ONU. Como ustedes pueden ver, significa una condena bien sopesada y mejor argumentada contra las satrapías militares del Cono Sur. Si fuera por nosotros, agregaríamos los relatos y reportajes que a tal respecto le costaron la vida al argentino Rodolfo Walsh (1927-1977) y otro cómic latinoamericano incunable como *El Eternauta* de Héctor Germán Oesterheld (1919-1977), su paisano y colega en el oficio de reo y desaparecido político. A la peste de la quema de los libros se corresponde la epidemia de dictaduras destructivas que aún asolan a América Latina, las de factura milica y las atribuidas a Asambleas pervertidas como las de Paraguay, Bolivia y Brasil recientemente.

⁹⁶ *Ibidem*, p. 71.

La pandemia de los últimos días: a) *Apocalipsis* (95) de San Juan

Este último libro de la Biblia, a pesar de su rotunda y lapidaria advertencia final («Si alguno añade algo a estas cosas, Dios le añadirá a él las plagas de las cuales se ha escrito en este libro. Y si alguno quita algo del mensaje de Dios que está escrito en este libro, Dios le quitará su parte del libro de la vida y de la ciudad santa, de los cuales se ha escrito en este libro», Ap. 22:18 y 19), ha sido utilizado como fetiche providencial de especulaciones catastrofistas que esconden intenciones ideológicas desencaminadas. Este tenebroso asunto hermenéutico constituye la esencia de *la pandemia de los últimos días* que ha azotado a la humanidad desde el ministerio de Cristo hasta nuestro siglo XXI en el falso avance de un paso adelante y dos hacia atrás, que abomina desde el centro los grandes relatos que aún la periferia guarda en el corazón utopista. Este trabajo nuestro solo toma una muy pequeña muestra de la desacertada bibliografía justificadora del poder fáctico del momento, y (claro está) de la literatura esclarecedora y re-creacionista en una fe auténtica, ello sin tener en cuenta prejuicios relativos a la rama del pensamiento o a la denominación cristiana. Valga nuestra adscripción religiosa y crítica al catolicismo, como confesión que aclara en la contradicción, la contingencia y la honestidad mayor posible en pos de estimular un diálogo válido y asertivo en lo interconfesional y lo literario (¿Quién le teme a una conversación ecuménica?). Descartamos la superstición y la compulsión ideologizante como vicios que entenebrececen la mente y el corazón de los seres humanos. Dios nos

libre de Savonarola, antecedente de Antonio Conselheiro y Jim Jones, y también nos ampare del Inquisidor Torquemada y su derivación en la ficción febril de Dostoyevski atribuida a Iván Karamázov, cuyos malos émulos reales y escatológicos abundan en los tropiezos e idas y vueltas del devenir histórico de Occidente.

Su autor, el apóstol Juan, el discípulo bien amado por Cristo, denominado también San Juan El Evangelista, lo escribió tomando dictado de las visiones concedidas por Dios en el exilio político-religioso de la isla de Patmos en el Egeo. Al igual que el libro Alfa del *Génesis*, posee un sesgo metafórico y simbólico que no solo se refiere al fin del mundo cuya mitología conocemos gracias a la dupla dialéctica historia e historiografía, sino también al presente revelado del primer siglo del cristianismo en el contexto de la dominación imperial romana con la destrucción del templo por Tito y sus huestes el año 70 de nuestra Era, amén de la vil persecución implacable de los primeros cristianos y de la primera promoción apostólica (a tal respecto, es pertinente una revisita atenta del mensaje a las siete iglesias cristianas de Asia en los capítulos 2 y 3, como bien lo sugiere F. F. Bruce). La lectura torcida y futuroológica del *Apocalipsis* bíblico, no nos cabe duda, ha provisto a la humanidad la plaga del terror finisecular de propósitos inconfesables para nada santificantes.

Sin embargo, del *Apocalipsis* se derivan diversos textos literarios de gran valía como *La Divina Comedia* de Dante, *El Gran Inquisidor* de Dostoyevski, 1984 de George Orwell, *Juicio Universal* de Giovanni Papini, *El tiempo del fin es el tiempo sin sitio* y *Atlas y el hombre gordo* de Thomas Merton, y el poema *Apocalipsis* de Ernesto Cardenal. *Cien años de Soledad* del Gabo es más

bien un libro de libros, un universo de la lengua, en el que el Apocalipsis de Macondo (y de la estirpe Buendía) se revela desde el mismo inicio. No podemos obviar obras maestras de la pintura como *El Juicio Final* de Miguel Ángel, los dibujos y óleos de William Blake, *El triunfo de la muerte* de Brueghel el Viejo, los impactantes paneles presurrealistas de El Bosco o, si se quiere, *El grito* de Edvard Munch. Seguir la recomendación farmacológica del presidente Donald Trump que consiste en inyectarse desinfectante para vencer el coronavirus este año del Señor 2020, ¿sería una disparatada propuesta necrofílica de arte no objetual que se desprende del último escrito de San Juan? El libro *Omega* de la Biblia se ubica más allá del Bien y del Mal, aunque le dé urticaria al respetable y muy estimado aguafiestas de Friedrich Nietzsche.

Sin desconocer que este texto sagrado en lo religioso y de culto en lo artístico, pertenece a la literatura apocalíptica que empalma el judaísmo tardío con el cristianismo primitivo (valga también como texto bíblico producido en el exilio y el cautiverio), creemos que a nivel institucional y masivo se ha pasado por alto que San Juan es también el autor de uno de los cuatro evangelios, el más poético de la tetralogía sobre Jesucristo. No creemos que la austeridad enternecida del Evangelio choque con el tremendismo del *Apocalipsis*. Por el contrario, el primero establece vasos comunicantes con el último no solo en el protagonismo de Cristo, sino en el desarrollo de un inequívoco discurso poético del «Decir» que apela a distintos recursos expresivos. El punto de partida del Evangelio de Juan, glosado siglos después por su tocayo y homólogo poeta San Juan de la Cruz, evidencia que Jesucristo no solo es Dios hecho hombre, sino también encarnación del «Verbo poético universal»: «Cuando todo comenzó, ya existía la Palabra;

y aquel que es la Palabra estaba con Dios y era Dios» (Jn.1:1). La poesía es una manifestación o acto de habla creador que trastoca las nociones convencionales del tiempo y el espacio, desde lo lineal, pasando por lo cíclico y mítico, hasta ser una elipse atemporal y omnisciente (esto es episteme polifónica que problematiza, embellece y dignifica todo el universo). A tal respecto, nos dice Bruce con devota convicción: «Su gran contribución a la vida y el pensamiento cristianos fue su demostración de que la verdad eterna del evangelio podría mantenerse sin detrimento de su realidad histórica⁹⁷». El *Apocalipsis*, sin perder de vista el contexto histórico de la nueva tribulación judía infligida por Roma imperial, propone una teología posible de la liberación que parte del nuevo pacto firmado con el sacrificio del Cordero, llamado Jesucristo. Por lo que este triunfo sobre la peste civilizatoria esclavista se celebra con la mixtura de la Profecía (como denuncia y revelación del porvenir) y la poesía creacionista de alto vuelo (con sus sellos abiertos, sus trompetas y construcciones metafóricas que edifican la esperanza en contraposición de los poderes fácticos del presente y el futuro). «Yo, Juan, vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de la presencia de Dios. Estaba toda arreglada, como una novia vestida para su prometido» (Ap. 21:2). En resumidas cuentas, la crónica lírica, política e histórica del primero se corresponde con lo alegórico y lo simbólico del último.

No se trata de un oráculo de adivinaciones, susceptible del mal oficio de comediantes, tratadistas y pregoneros a sueldo que apuntalen un Estado patriarcal o matriarcal castrante en la configuración trágica y corruptora del cuerpo social. Supone la continuidad histórica de la escritura

⁹⁷ Bruce, 1975, p. 137.

coral bíblica, eso sí, divorciada y contrapuesta a la manipulación ideológica, el maniqueísmo moralista, el abuso político militar y la alienación religiosa. Evidentemente, llama más la atención la serie de plagas apocalípticas, que la redención de la humanidad que conjuga la fe con la lucha por la vida y no por una muerte espiritual que anteceda a la defunción física. El pan y el circo romanos persisten y presiden en apariencia el hoy. Ya lo había dicho el Che Guevara (el coco para la reacción conservadora y el personaje tabú para la izquierda infantil que en la adultez se reacomoda a espaldas de una revolución verdadera): «Rechazamos un mundo donde se recibe la seguridad de no morir de hambre a cambio del riesgo de morir de fastidio⁹⁸».

Las plagas o epidemias no se remiten tan solo al cuerpo estragado por la enfermedad infectocontagiosa, sino en especial a la autodestrucción psíquica y luego espiritual que antecede a la finalización biológica de la vida. Thomas Merton, desde el misticismo poético católico de Santa Teresa, Fray Luis de León, San Juan de la Cruz y San Francisco de Asís, no comparte las tesis catastrofistas de fundamentalistas político-religiosas que anclan al individuo y el resto de la sociedad en el miedo. Tampoco F. F. Bruce, desde el ala cristiana del protestantismo, se regodea en la pirotecnia terrorista que pretende reducir el *Apocalipsis* del apóstol Juan a un estridente instrumento de propaganda ideológica de dominación y promoción de la sumisión. Por el contrario, el profesor de Crítica y Exégesis Bíblicas de la Universidad de Manchester, apuesta por un discurso evangélico afín a la redención del hombre, ello en tanto festejo vivo de la victoria de Cristo sobre el

⁹⁸ Aray, 2014, p. 9.

diablo, metáfora del mal endémico en el alma, la psique y las simbiosis humanas que es inmanente a sus proyectos de opresión de los pueblos. La tribulación y el arrebatamiento no son circunstancias ni pretextos que avalen la intolerancia y el mito excluyente del pueblo escogido, «La verdad es otra: si algunos son elegidos por Dios, es a fin de que por medio de ellos otros sean colocados al alcance de su gracia⁹⁹». Cuando Jesús se refiere a que muchos son los llamados y pocos los escogidos, no se trata de marionetas del destino al garete, sino de la elección o toma de decisiones de cada quien, lo cual no descarta el amor inclusivo al prójimo. Tampoco las alternativas de recoger en Cristo o desparramar en su contra implican una contradicción insoluble. La casa del mundo dividida en bandos opuestos significa el conjunto de circunstancias humanas de corte confesional, político y socioeconómico inevitables. Los conflictos de clase, las diferencias irreconciliables entre padres e hijos y entre opresores y oprimidos, suponen la dinámica muchas veces abyecta del poder, esto es el pan amargo de cada día.

No nos interesa el *Apocalipsis* de San Juan concebido o, peor todavía, pervertido por la historia de la propaganda malsana, como lugar común o caldo de cultivo para el miedo y luego la sumisión [«Los obispos y los sacerdotes se convertían en cierta medida en agentes de propaganda, no como difusores de la fe cristiana (lo cual constituía su verdadero oficio), sino poniendo su influencia al servicio de una política¹⁰⁰»]. Creemos que se revela en tanto cosmovisión cristológica que postula el cambio social partiendo de la renovación espiritual de cada quien. La

⁹⁹ Bruce, 1975, p. 117.

¹⁰⁰ Ellul, 1969, pp. 53-54.

Nueva Jerusalén no es una estampa confortable de un futuro grato que el azar arrojará sobre nuestros cogotes. Esta búsqueda dupla de la ciudad bendita o bella utopía ha de traer consigo la real posibilidad de un diálogo fructífero en la diversidad, el cual no se realizará en la ausencia del conflicto como tal. Empero tampoco descarta la vuelta de tuerca necesaria que va de la tribulación a *La gran alegría* de la Natividad, como bien nos lo expuso Merton con brillo místico amoroso en su pieza maestra *Incursiones en lo indecible* (1966).

Compartimos con el monje trapense de Gethsemani, KY, esta muy poética realización del «verbo» que es Jesucristo: «Pues el verdadero banquete escatológico no es el de las aves en los cuerpos de los muertos. Es la fiesta de los vivos, el banquete de bodas del Cordero¹⁰¹». El bestiarario que desarrolló Jesús en sus sermones y parábolas, al igual que la simetría maravillosa del tigre del poeta William Blake, no descarta la mansedumbre (la humildad epistemológica, psicológica y ética) ni la prudencia (la inteligencia mística y también la del intelecto depuradas de soberbia y despropósito). En esto, el exilado Juan (el gran escritor del «Decir») guardó en su corazón y desplegó como acto de lengua esta estupenda cualidad en Cristo: mente abierta para lo trascendental (a contrariedad de la banalidad mediática que solapa los vicios del poder absoluto) y oídos atentos al ritmo entrecortado y la melodía contingente de su siglo. Solo así, en la agonística que es el modo de vida cristiano, el hombre consciente de sí y para sí en Cristo, puede atar cielo y tierra sin poses histriónicas ni dobles discursos equívocos.

¹⁰¹ Merton, 1973, p. 52.

El pasadizo maravilloso que une el *Evangelio* con el *Apocalipsis* se realiza también en la obra cinematográfica de un militante comunista, homosexual y ateo al margen del PC italiano. Pier Paolo Pasolini en *El Evangelio según San Mateo* de 1964, la mejor película sobre Cristo, nos propone una versión fidedigna al texto bíblico, cuya poesía descansa también en la austeridad de la puesta en escena y la reivindicación del pueblo creyente, pobre y de hermosa fealdad física que nada tiene que ver con el Jesús operático y bonitico de Zeffirelli. Doce años después, cierra su ciclo creativo y vital con el aparentemente pesimista filme *Saló o los 120 días de Sodoma*, adaptación magnífica del libro de Sade que nos remite al sentido auténtico del *Apocalipsis*: mientras los *fachas* abusan de sus víctimas en la República de Saló, se intuye el asedio inevitable de los partisanos que los harán trizas para restituir la justicia y la verdadera república libertaria aunque sea por un momento.

b) Trilogía fundamentalista post-calvinista (David Wilkerson - Hal Lindsey - la dupla Walvoord)

Esta trilogía, publicada al principio de los años 70, está marcada con la señal fundamentalista protestante y el sesgo catastrofista en lo que toca a la interpretación del *Apocalipsis*. El trío de títulos en cuestión fueron todo un suceso de ventas que instó al terror finisecular de la feligresía: *La visión* (1974) del predicador David Wilkerson, *La agonía del gran planeta Tierra* (1970) del teólogo conservador Hal Lindsey con el periodista Carole C. Carlson y *Armagedón. Cercano Oriente: Petróleo y crisis* (1974) del binomio halcón (¿republicano?) Juan F. Walvoord y Juan E. Walvoord. No resultan sorprendentes ni capciosas las múltiples coincidencias entre estos tres tratadistas escatológicos (la soberbia de la voz autorizada, la retórica anticomunista y antitercermundista y las fallidas predicciones descocadas, por ejemplo), pese a la diversidad de las metodologías para extraer del *Apocalipsis* de San Juan sus especulaciones de tenor futuroológico. En el caso de Wilkerson, tal como lo sugiere el título, tenemos la visión en trance místico; por su parte, el exmarino Lindsey se erige su propio oráculo entre la hermenéutica rebuscada y la lectura superficial de los diarios. Mientras que el padre y el hijo Walvoord tejen su trabajo propagandístico simulando el discurso legitimador de la acreditada y académica escatología bíblica. El contexto, por supuesto, afecta a estos cinco promotores de la guerra final que les purifique el orbe: ¿quién de ellos es el Rey Sol y quiénes son los tres (cuatro) mosqueteros alcahuetes?

David Wilkerson, autor de los paradigmáticos testimoniales *Corre, Nicky, corre* y *La cruz y el puñal* relativos a la conversión piadosa de malandros latinoamericanos en USA, no oculta su egolatría profética desde el inicio mismo de *La visión*. La advertencia desglosada en trío de declaraciones tiene un propósito doble: ganar al lector inyectándole un miedo finisecular al fin del mundo, tal como ocurrió en la Edad Media o en el terremoto de 1812 en Venezuela como castigo divino a la apostasía independentista de la primera república (por fortuna, teníamos el regaño de Bolívar entre los escombros de Caracas y el libro de Roscio *El triunfo de la libertad sobre el despotismo*); y por debajo de cuerda, disuadir a los posibles lectores díscolos apelando al terrorismo escatológico. Para ello, bastan las plagas variopintas y no la parusía fundada en la redención del hombre y una sociedad propensa a la justicia social y la propia soberanía. «Dios será el juez y nada de lo que digan mis amigos o enemigos puede detenerme en mi determinación de advertir a los lectores que estas cosas son verdaderas¹⁰²». Como podemos cotejar con el *Nuevo Testamento*, el autor no tiene como prioridad amar a los amigos ni a los adversarios, pues importa más su voz autorizada apuntalada no se sabe por quién ni por qué. No cuestionamos la fe cristiana del predicador visionario, sino sus equívocas concepciones religiosas como constituyentes de un modo de vida válido que se precie vanamente de serlo.

La visión oscila como péndulo oxidado entre el terrorismo religioso y el análisis político-social digno de un cruzado mercader de la fe. Nos llama la atención que el póker de predicciones comience por la confusión o recesión

¹⁰² Wilkerson, 1979, p. 3.

económica. El Dios de Abraham, Jacob, Moisés y David, pasa de la venganza y el castigo a la asesoría bursátil:

Cuando recibí esta visión en abril de 1973, recibí asimismo instrucciones precisas del Espíritu Santo en el sentido de que confiara en Dios en lo que concierne a la obtención de suficientes recursos para liquidar todas aquellas obligaciones de nuestra organización que no fueran las hipotecas necesarias¹⁰³.

114 Espanta a este profeta capitalista, antítesis de Juan el Bautista, la quiebra inminente de las corporaciones norteamericanas, y no el abultadísimo déficit fiscal de la nación que se ha financiado con las intervenciones militares en buena parte del mundo. El nuevo sistema monetario mundial recaería en una recapitulación del Imperio Romano, «el cual llegará a ser eventualmente la base de poder para un súper dirigente mundial que se levantará para restaurar el orden económico¹⁰⁴». A la luz de hoy, Wilkerson falla en el mal augurio relativo a la Comunidad Económica Europea como rival económico de su país. En verdad dicha autoridad es colegiada y tiene por nombre el Fondo Monetario Internacional. Tanto la CEE y el FMI han sido las cabezas de turco que le han tendido la cama a USA desde el punto de vista económico que entraña de inmediato la dominación política y militar. Recordemos que el patrón oro fue sustituido por el dólar, tigre de papel sin un gran soporte monetario real pero sí con un crédito fetichista mundial. El pontífice desdice al mismo Lutero, puesto que sus consejos económicos nos recuerdan a la venta de indulgencias. Hasta el comiquísimo y falaz

¹⁰³ *Ibidem*, p. 15.

¹⁰⁴ *Ibidem*, p. 22.

llamado piadoso contra el consumismo, tan solo oferta fetiches que anestesien la conciencia. «No se deje dominar por el pánico —simplemente sea muy precavido. Consígase un carro bueno y digno de confianza, y apéguese a él. No se anticipe a cambiarlo durante un largo rato. ¡Aférrase a él¹⁰⁵». No solo se le da la razón (sin querer) a Roland Barthes en lo que toca al automóvil como la catedral del siglo XX, sino que también anticipa una campaña de «compre autos norteamericanos» en el contexto futuro de la invasión japonesa con sus Toyota y Mitsubishi último modelo.

Otro de los desaciertos futurólogos de Wilkerson está a la vista: el hecho de que los Estados Unidos sean inculcados por la recesión económica, culpabilidad beata inducida por el superdirigente mediterráneo y su corporación económica a una superpotencia teocrática. La comunidad europea, si bien buscaba en principio competir con la potencia estadounidense en los mercados mundiales, se ha comportado —sobre todo este siglo XXI como un apéndice o corifeo, mientras que el Estado teocrático de Israel en Medio Oriente supone una asociación entre iguales. Japón (pese a la lluvia negra sobre Hiroshima y Nagasaki) y China (con Deng Xiao Ping dando sepultura simbólica a Mao) le han disputado la supremacía económica industrial al Imperio anglosajón de este mundo.

No podían faltar los terremotos, las inundaciones y las epidemias amorales en el relajamiento de las costumbres que afectan a este cruzado victoriano o, mejor aún, corsario luterano. Claro está, la nomenclatura pía se excede en la adivinación de pestes infectocontagiosas cargadas del quehacer punitivo del Dios veterotestamentario y no del Dios trino que ha redimido a la humanidad pecadora con el

¹⁰⁵ *Ibidem*, p. 31.

sacrificio de Jesucristo en la cruz: «Habrá una epidemia mayor de cólera que pasar  por distintos países subdesarrollados sembrando la muerte¹⁰⁶». De allí la coincidencia con Lindsey y los Walvoord: ocultar las responsabilidades penales de Estados Unidos que contrarían la soberanía de los pueblos (y los derechos humanos), pese a su Destino Manifiesto vomitado aquí y all , en una impostura como el arrebatamiento de los fieles en los tiempos de la Gran Tribulación. Para sus monitores fundamentalistas como los antes nombrados y el imprescindible Billy Graham, no existieron las dictaduras de Centroamérica y el Cono Sur ni las guerras de expansión imperial en Corea, Vietnam y Cuba con su ensenada de cochinos y la tensión bipolar de los misiles soviéticos en esta isla. El surgimiento inminente de una súper-iglesia mundial no es más que un ardid publicitario para darle satisfacción a sus fobias compulsivas respecto al ecumenismo e incluso a la renovación dentro y fuera del cristianismo institucional. La intolerancia dispensada a la comunidad sexodiversa se esconde detrás de una de sus predicciones más reactivas: «Veo a esta súper-iglesia aceptando bajo el pretexto de “compresión”, a homosexuales y lesbianas entre sus miembros¹⁰⁷»). Jesucristo, el que come y departe con publicanos, adúlteras, ladrones y pecadores, se convierte por detritus y desgracia de este vocero del desastre, en uno de los más insignes promotores de esta monstruosidad eclesial abyecta.

El teólogo protestante Justo L. González en su bien documentado y mejor argumentado trabajo de diez tomos *Y hasta lo último de la Tierra: Una historia ilustrada del cristianismo* (1978), específicamente en el tomo quinto

¹⁰⁶ *Ibidem*, p. 41.

¹⁰⁷ *Ibidem*, p. 90.

«La Era de los sueños frustrados», nos desmonta el *bluff* de la propaganda apocalíptica a través del tratamiento terrorista que le dedicó a las pestes que castigaron a la Europa medieval:

Por las mismas razones, y en unión estrecha con este interés en la muerte, se comenzó a pensar en Jesucristo como juez más bien que como redentor. La ira de Dios, que parecía experimentarse en esta vida en la epidemia y el hambre, se pondría de manifiesto de modo particular en el juicio final, cuando Jesucristo, sentado sobre el arcoíris, juzgaría a toda la humanidad¹⁰⁸.

La política de ultratumba, Guillermo Cerceau dixit, acarrea el pesado yugo bovino de la sumisión más degradante por vía del terrorismo finisecular. La pandemia de la peste bubónica tiene una explicación científica pura y aplicada, en la medicina y las ciencias sociales, sin que contradiga la esencia del *Evangelio* como registro de un nuevo pacto entre un Dios más amoroso y los hombres. Wilkerson le arroja al universo de sus lectores siete plagas finales (úlceras malignas, contaminación de las aguas, apagones a gran escala como el de Nueva York, el derramamiento de sangre en tierra sagrada israelí, cataclismos y granizadas), para reconvenir y disuadir la tentación del comunismo y la apostasía que supone el ejercicio ciudadano y religioso en libertad. Este patético remedo de los profetas bíblicos como Moisés, Ezequiel, Isaías y Daniel, no solo no cumple con el rol dialógico de la evangelización como formación para la vida liberadora, sino que por el contrario transmite una repulsión oscurantista, gratuita y mezquina a todo dar: «Solo un mundo poseído

¹⁰⁸ González, 1978, pp. 24-27.

de demonios será capaz de dejar de lado todo el terror y horror de la muerte de una tercera parte de los seres humanos, causada por la guerra, y recaer en la rebelión y la inmoralidad¹⁰⁹». A tal despropósito mediático, responde Jacques Ellul trizando la procacidad moralista y políticamente correcta que se opone tras la tramoya al Evangelio de la Liberación inequívoca que ha legado Cristo:

Este empleo de la falsedad fue casi siempre motivado por el deseo de prestar antigüedad y, por consiguiente, autoridad a una decisión o institución nueva. La falsedad servía, por otra parte, como medio de propaganda, no solo de cara a la opinión pública, sino en el seno mismo de la Iglesia, y de un orden religioso contra otro¹¹⁰.

Dividir y desparramar en la casa, trae consigo recoger un botín equivalente a treinta piezas de plata.

Hal Lindsey, con la yunta periodística de C. C. Carlson, construyó a conciencia un *best seller* arrogante que pretende equipararse a la Biblia en cuanto a ventas («La gente que tiene que hacerle frente al estado actual del mundo, anhela saber qué dice el Libro que más se vende en el mundo respecto al futuro¹¹¹») y en tanto discurso autorizado («Este no es un complejo tratado de teología, sino el más espeluznante y optimista informe directo sobre lo que el panorama futuro puede tener reservado para cada individuo¹¹²»). Es el caso atípico del autor ensobrecido que no necesita de un departamento de comercialización

¹⁰⁹ Wilkerson, 1979, p. 121.

¹¹⁰ Ellul, 1969, p. 54.

¹¹¹ Lindsey, 1976, p. V.

¹¹² *Ibidem*, p. V.

para ganarse unos morlacos y, de paso, traficar política y religiosamente con el miedo ancestral al «fin de la historia de la humanidad». La falsa modestia no es más que el egocentrismo a la hora de pontificar lo políticamente correcto: «Yo me colocaré a un lado, en este libro (de profecía bíblica según este oráculo portátil), para que hablen los profetas¹¹³». Solo le faltó en la introducción exigirle a San Pedro levantarle una cuarta enramada junto a las de Cristo, Moisés y Elías en el episodio de la transfiguración, como si se tratara del pétreo monumento de Rushmore para profetas judeocristianos. Respecto a este éxito de ventas, al igual que los estafalarios libros sobre extraterrestres de Von Daniken en los 70, nos advierte el pastor evangélico José Ceballos con prudencia, inteligencia y asertividad crítica: «La forma en la cual el libro se ocupa del estudio de la profecía bíblica está condicionada por la ideología norteamericana, que se revela contra el Comunismo, los Países Árabes y Europa¹¹⁴». El sesgo ideológico entenebrece, pues, el análisis discursivo escatológico equilibrado. En un término acuñado por uno de nuestros mejores escritores católicos, Mario Briceño Iragorry (con la estatura de Mauriac y Greene), tenemos que esta obra de extrema intolerancia es por demás *pitiyanqui*.

Las predicciones desencaminadas y desacertadas de Lindsey son extraídas de la chistera de un *dandy* piadoso del partido republicano de Nixon y Trump, eso sí, llena de la inmundicia de los sepulcros blanqueados a los que se refiere Jesús en los evangelios. Que se sepa, Cristo no regresó al gran planeta Tierra en 1988. Las adivinaciones

¹¹³ *Ibidem*, p. VII.

¹¹⁴ Ceballos, 27 de junio de 1982 o 1983, sección de opinión del diario *El Carabobeño*.

del neoprofeta falsario ni siquiera soportan la prueba del ácido que él mismo propone: No salen bien libradas según lo establecido por Moisés en Deuteronomio, «si el profeta hablare en nombre de Jehová, y no se cumriere lo que dijo, ni aconteciere, es palabra que Jehová no ha hablado; con presunción la habló el tal profeta; no tengas temor de él» (Dt.18:22). Lindsey, embebido en el triunfalismo militar terrorista israelí, pasó por alto la invasión al Líbano de 1978 y 1982, la masacre de palestinos vulnerables en los campamentos de Sabra y Chatila, el premio Nobel de la Paz concedido al animal pensante y predatorio de Menahem Begin (terrorista de facto y patriarca del Likud), o el asesinato sistemático de palestinos en la Franja de Gaza el siglo XXI para beneplácito del premier Ariel Sharon). Tampoco da pie de pataruco con el balón «Etrusco» del Mundial de Italia 1990: la Comunidad Europea no ha parido todavía su Anticristo mediterráneo o en su defecto anglosajón, pese a la perjudicial *performance* de dirigentes políticos malsanos como Felipe González, Silvio Berlusconi, Sarkozy o Margaret Thatcher. Por fortuna, Lindsey ha vivido en los Estados Unidos del siglo XX, cuyo pluralismo ha dado para causas justas como las de Martin Luther King y Malcolm X, o rayanas en el ridículo empero su peligrosidad ideológica como el caso presente: en tiempos de Moisés el augur Hal sería lapidado por falso profeta o, quizá peor, en tiempos del Imperio romano el astrólogo en cuestión habría hastiado tanto al emperador Tiberio, quien asumiría «el designio de arrojarle al mar para castigar al impostor y al confidente de peligrosos secretos¹¹⁵». Tal es el destino de la fanfarronería como retórica insufrible e infidencia lenguaraz.

¹¹⁵ Suetonio, 1974, p. 138.

El muy definido sesgo ideológico que se pretende pasar debajo de la mesa del ágape de estos tristes profetas, que ni denuncian los vicios de su siglo ni aciertan en sus predicciones, se realiza no solo en los odios históricos y xenofóbicos, sino también en la retorcida lectura del presente muy mal comentada. Reitera la repulsión de David Wilkerson por los países ubicados del otro lado de las «Cortinas de Hierro y de Bambú», la Unión Soviética y sus satélites además de China, Corea del Norte y Vietnam: «Al fin y al cabo, ¿quién hubiera podido imaginar en ese tiempo (el de los exégetas del XVIII y el XIX) que Rusia iba a ser algún día un país comunista basado en el ateísmo?¹¹⁶». Hemos criticado, por ejemplo, los excesos y abusos de la Revolución Cultural de Mao, el encarcelamiento del poeta Alí Lamedá en la Corea de Kim Il Sung y las violaciones de los derechos humanos por el estalinismo. Empero, resulta un esperpento propagandístico la satanización del socialismo como vía política válida y alternativa. La panorámica de las profecías bíblicas no justifica en absoluto ni en la relatividad de las circunstancias históricas, el fútil afán futurólogo de Hal Lindsey, sino que es torpe y vilmente utilizada para el lavado cerebral de los lectores.

La ojeriza respecto a África le imprime una contradicción esencial al discurso de malos augurios proferidos desde el centro civilizatorio contra la periferia (subdesarrollada según el cristal empañado de su espejo). No se especifica, por ejemplo, si Gamal Abdel Nasser el egipcio era el Anticristo o el asistente del soviético Nikita Kruschev, lo cual echa abajo la predicción relativa al superlíder europeo. Se manifiesta en contra del Frente Argelino de

¹¹⁶ Lindsey, 1976, p. 77.

Liberación Nacional, ignorando de manera supina la esencia de ese movimiento anticolonial: «El territorio del norte de África está enfilado definitivamente en pro de los soviéticos. Argelia ya aparece como comunista y aliada de Rusia¹¹⁷». Otra perla la constituye su sinofobia (para él todos los asiáticos son chinos) enclavada nuevamente en la ignorancia histórica y cultural. Para Lindsey, China es tan solo el mal mentado peligro amarillo que él y sus homólogos, los profetas de bolsillo, solo leen en el *Apocalipsis*:

Durante muchos siglos, Asia ha sido un continente atrasado tradicionalmente. Aunque sus gentes han sido siempre numerosas, se han quedado atrás con respecto a Occidente en lo relativo a educación, ciencia, tecnología. Durante muchos centenares de años, Asia ha preferido quedarse aislada del resto del mundo, pero, para entonces, ese aislamiento se acabará¹¹⁸.

Mientras los lectores atrapados en el *American Way of Life*, como por ejemplo el experto petrolero venezolano Alfredo Toro Hardy, comen macarrones con queso y juegan con petardos el 4 de julio, la Ruta de la Seda del gobierno chino hoy le ronca en la cueva al capitalismo norteamericano que se ha extraviado en la comodidad y la anarquía (no anarquista) del patio trasero. El escritor y científico Jesús Alberto León nos comentó hace años que los Imperios son coleccionistas compulsivos de información por motivos parapoliciales y militares, mientras que su ciudadanía culterana cree todavía que al sur del Río Grande solo hay salvajismo y barbarie.

¹¹⁷ *Ibidem*, p. 82.

¹¹⁸ *Ibidem*, p. 104.

El americanismo de Hal Lindsey le lleva a arrebatarse hacia el cielo o limbo artificiales la política expansionista del Departamento de Estado, las estratagemas invasivas del Pentágono respecto al mundo en asedio, y el poder fáctico de las grandes corporaciones. Valga tamaña omisión geopolítica: «Recordemos que en la Biblia no se menciona a los Estados Unidos». La maquinaria de guerra más arrogante de la historia no tiene vela en la Gran Tribulación artificial de Lindsey, para eso la larga ristra de putrefactos chorizos proféticos cuenta con el Imperio romano revisitado, el Anticristo europeo (para más señas ruso), la sobrestimación de Israel en función militarista y, finalmente, los cascos blancos de ángeles vengadores que van a caballo e integran al mismo tiempo la sección de metales de la orquesta celestial La Nueva Jerusalén, muy superior a la de La Perfecta de Eddie Palmieri con sus Barry Rogers y José Rodrigues. Como canta Rubén Blades en «Contrabando», preparándole el camino al apocalíptico solo de trombón del gran Reinaldo Jorge: «Estos bandidos entre tanto...».

El libro de los Walvoord (Juan F. y Juan E.) tiene a efectos de mercadeo un muy sugerente título: *Armagedón. Cercano Oriente: petróleo y crisis*. Asimismo, el subtítulo en letras más menudas: *Lo que nos dice la Biblia respecto del futuro del Cercano Oriente y el fin de la civilización occidental*. La pretendida objetividad del estudio escatológico forma parte de un acto de prestidigitación escritural que colinda con la documentación espuria, la metodología inquisitiva (¿inquisitorial?) infame y la especulación reaccionaria de libros como *Los protocolos de los sabios de Sión* del fanático religioso Sergei Nilus (léase la Ojrana, policía política zarista) o *El judío internacional* de Henry Ford. Solo que la presa a cazar no es el judío

errante, ni el sanedrín asesino de Cristo, mucho menos el hebreo conspirador abominable desde la era medieval, sino los bolcheviques y los rebeldes (término sinónimo de bandidaje infligido por bandidos protestantes de a de veras) provenientes y operadores del Tercer Mundo. Claro está, padre e hijo Walvoord consideran (sin ninguna fisura generacional) al Estado teocrático militar de Israel como el país potencia triunfador de 1948-1949, 1967 y 1973, y no el pirata israelita que aborda barcos de ayuda humanitaria, el perseguidor y torturador de palestinos y otros pueblos que sus dones proféticos no supieron ver (o se hicieron de la vista gorda como producto de la política real solapada por una sesgada hermenéutica bíblica).

Si lo comparamos con los dos libros antes comentados, las numerosas coincidencias del trípode post-calvinista mueven a sus autores a fundar o visitar un nuevo género literario, esto es el de la literatura apocalíptico-catastrofista. He aquí, por ejemplo, el antecedente de la serie *El caballo de Troya* de J. J. Benítez o la del *Código Da Vinci* de Dan Brown, ambos en el campo de la ficción comercial. El prefacio del papá John F. Walvoord nos revela la muy conocida soberbia futuroológica simulada en un discurso bíblico autorizado: «Sin embargo, los investigadores avanzados de la Biblia descubrirán que este volumen añade más luz a importantes cuestiones proféticas con las que nos enfrentamos en nuestro mundo moderno¹¹⁹». Hasta el punto de usurpar al mismo *Apocalipsis* de San Juan, ergo después del éxito de librería de *Armagedón. Cercano Oriente: petróleo y crisis* se desatará el Juicio Final con sus plagas, guerras y caos mundial.

¹¹⁹ Walvoord, 1980, p. 7.

La otra coincidencia (entre necios que se soban el lomo y se quitan las pulgas entre sí) es la verdad de Perogrullo que estriba en el fracaso de sus proyecciones y predicciones. Les ha fallado la recepción y la interpretación de las visiones más estrambóticas [el chantaje del petróleo árabe y, por ende, de la OPEP (Juan Pablo Pérez Alfonzo, ¿otro negro envuelto en sábanas?); la amenaza militar rusa o mejor dicho soviética; el influjo marxista en «la futura religión mundial» (la muy hereje Teología de la Liberación)], los análisis políticos en sintonía con el Mossad, el FBI o la CIA, y las tesis escatológicas que aparentan la ponderación rigurosa y metódica de la literatura bíblica comparada. El trasfondo o contexto socio-histórico oculta sin éxito el tenor ideológico, conservador y mercantil de este grupo desdichado de malos intérpretes del entorno o siglo. El miedo propio, el de la clase dominante acompañada de sus subalternos controlados y agradecidos, se materializa de nuevo en espanto por imponer su cosmovisión antihumanística al otro.

No sabemos si el escritor venezolano Ricardo Bello se asimiló al culto israelí del tipo extremista del Bloque Likud por obra y gracia de este *best seller* corsario y protestante leído en la adolescencia, o por el muy absorbente filo-semitismo hollywoodense (desde los docudramas televisivos como *Holocausto* y *Masada* hasta *La lista de Schindler* del gran artesano que es Steven Spielberg). La cosa viene a cuento, pues, el mito de la invencibilidad del Ejército israelí (confirmado durante la Intifada) es una de las coordenadas que sostienen a futurólogos fallidos como los antes referidos. La lectura del tarot y su árbol de la vida decae en las hablillas poco fiables de la baraja española. La interpretación de los profetas bíblicos por parte de estos exégetas biodegradables no es más que la

consecuencia de los análisis políticos tremendistas y harto conservadores que se desarrollan en (y toman prestados de) la Casa Blanca, el Congreso estadounidense y especialmente en el Pentágono.

c) *El tiempo del fin es el tiempo sin sitio* (1966) de Thomas Merton

*IncurSIONES en lo indecible*¹²⁰ de Thomas Merton (1915-1968) es uno de los últimos libros publicados en vida por este extraordinario polígrafo místico. Su lectura reciente de parte nuestra ha sido esclarecedora y reconfortante en lo espiritual, lo poético y lo político. Nos permitió comprender el compromiso religioso como modo activo de vida. La fe acarrea paradojas maravillosas en el magma de lo contingente y escabroso del alma humana. En una segunda visita, encontramos dos extraordinarios comentarios sobre el *Apocalipsis* que nos han sido fructuosos en el contexto de la epidemia del siglo XXI, el coronavirus, sin escandalizar ni sacudir la esperanza en el terror con arrebatos catastrofistas del futuro que perviertan el presente lector. Estos oasis naturales y poéticos son *El tiempo del fin es el tiempo sin sitio* y *Atlas y el hombre gordo*.

Cónsono con la línea argumentativa y dialógica del conjunto escritural, la homilía es polifónica y polimórfica, porque trae consigo la mixtura magnífica (no desprovista de emotividad y enternecido humor crítico) del ensayo, la crónica, la glosa y la impostura auténtica del que se burla de sí mismo. El primer discurso que ablanda o, mejor todavía, *deconstruye* la rigidez moralista, fastidiosa y afectada del púlpito, vincula de guisa inaudita por su excelencia reveladora la Natividad con el *Apocalipsis*. Esto es una descarnada y fluida vuelta de tuerca

¹²⁰ Thomas Merton, *IncurSIONES en lo indecible*, Abbey of Gethsemani, Inc., 1966.

dupla a la literatura apocalíptica como tal y al cuadro de regocijo del niño nacido en el establo a la vera de la pobreza. La NOTA introductoria va a contracorriente de las declaraciones y aclaratorias egocéntricas de los *profetastros* fundamentalistas y postcalvinistas antes glosados por nosotros. «En su sentido bíblico, la expresión “el fin” no significa necesariamente “el fin violento, súbito o malo”. La escatología bíblica no ha de confundirse con la vaga y angustiada escatología del presentimiento humano¹²¹». Consciente del malestar de su tiempo, nos sugiere que quizás tan discutido asunto se incube por debajo de la ola, pues a simple y atrofiada vista no reparamos en las corrientes internas diversas que constituyan la transición de una época a otra, el cambio de un mundo a otro como quien no quiere la cosa. Por tal razón, Jesucristo advierte que el fin no será cacareado por la mediática amarillista y bullanguera del momento, ni por la rotundidad de las guerras y las pestes por venir («mirad que no os turbéis, porque es necesario que todo esto acontezca; pero aún no es el fin» Mt. 24:6). La segunda venida del Mesías será subrepticia como rayo que nunca cesa y atraviesa de oriente hasta occidente.

Sin pretender polemizar con los futurólogos teístas o no (empero su cargamento ideológico por aplastar la paz y la prudencia de la humanidad expectante), Merton desenmascara sin vanos apasionamientos sus visiones febriles y tremendistas, amén de sus sesudos análisis escatológicos con la venia de algún poder fáctico: «De hecho, el *temor* patológico al *fin violento*, que, cuando se provoca suficientemente, se convierte en realidad en una *esperanza del fin violento*, apenas disfrazada, proporciona algo

¹²¹ Merton, 1973, p. 45.

del clima de confusión y desesperación en que se realizan las esperanzas más profundas de la escatología bíblica¹²²». Los Wilkerson, Lindsey y Walvoord se despeñan al mar en la forma de báquiros desprevenidos (endemoniados en su propia manteca) que se extravían desencaminando la plena y hermosa selva.

Establecer un puente sólido entre la Natividad y el *Apocalipsis* no estriba en la fanfarronería de pretender ser el más original de los exégetas bíblicos. No es el tránsito de la cuna a la morgue, ni mucho menos el triunfo de Tánatos sobre la vida. Cuando Merton nos alienta en *La gran alegría* de la Navidad que a su vez está latente en el *Apocalipsis* de San Juan (en palabras de F. F. Bruce, *el júbilo universal* con motivo del triunfo final del Cordero), desdice el terror y la tristeza de la Gran Tribulación arrojándolos a un no-lugar geográfico y existencial. Lo cual, siguiendo el *Evangelio* del mismo Juan, repercute en la primacía divina de la «Palabra» misma en tanto expresión y acto de habla: «En la luz especial y celestial que refulge en torno a la llegada de la Palabra al mundo, se transfiguran todas las cosas¹²³». No es el regodeo masoquista en la desesperanza ante el fuego de la guerra, las pestilencias, las catástrofes naturales y el desmadre de las repúblicas, sino la renovación del mundo por el amor desbocado del Creador y sus creaturas muy prevenidas, lo cual incluye a judíos, cristianos y el resto de las creencias en la vocación creacionista del «Verbo». Si se trata de la renovación de la *terredad* en la creatividad, la Nueva Jerusalén no es exclusividad de determinado pueblo escogido de pretencioso destino manifiesto (los ciento cuarenta y cuatro mil

¹²² Merton, 1973, p. 45.

¹²³ *Ibidem*, p. 46.

elegidos son una metáfora incluyente y no una estadística futuroológica piadosa que justifique un cogollo o una élite político-religiosa), sino la utopía humanística realizable no mediatizada ni por la ideología ni por los economicistas intereses mezquinos de casta.

El nacimiento de Cristo, la forma musical y lírica en la que se anunció, nos remite al fin de los tiempos, puesto que entraña una concepción compleja pero inmediata del tiempo que concilia la historicidad con lo atemporal. El Cordero histórico triza el no-lugar que era Judea bajo el pesado dominio del Imperio romano, a tal punto que el Dios-hombre había vislumbrado la destrucción de Jerusalén por las legiones de Tito el año 70. El Cordero simbólico fue el sacrificio magno que corregiría o, mejor aún, renovarían el pacto entre Dios y los hombres: su sacrificio en la cruz para el perdón de los pecados no solo trajo frutos atinentes a la fe (la erradicación del complejo de culpabilidad inducido), sino en especial liberación histórica, psíquica y espiritual. Todo ello implica la descomposición más dinámica y osada de un tiempo absoluto que entumece al hombre y a la comunidad, porque se concibe el tiempo desde la fusión o mixtura de la cronología histórica, la realización mítica y los giros elípticos atinentes a los ciclos.

d) El poema «Apocalipsis» (1965) de Ernesto Cardenal

Ernesto Cardenal (1925-2020), cónsono y consecuente con la «Poética del Decir», nos ofrece su visión evangélica liberadora y profética en el poema «Apocalipsis» incluido en el magnífico poemario *Oración por Marilyn Monroe y otros poemas* de 1975. La épica desmitologizada en la que militó estéticamente junto a su hermano de oficio y de credo religioso Pablo Antonio Cuadra, redundando en epopeya cristiana libertaria en este texto. A tal respecto, acompañamos de palabra, obra vitalista y espíritu en realizándose al poeta Luis Alberto Angulo: «No me cabe duda de que, en algún momento, Cardenal comenzará sin resistencia a ser leído colectivamente como uno de los grandes poetas místicos de la humanidad¹²⁴». Este llamado lector de alma supone entonces la reconstitución de la comuna de Solentiname como anuncio de una verdadera Nueva Jerusalén en proceso de consolidación posible.

Tenemos, pues, la transfiguración poética del *Apocalipsis* bíblico de Juan, tal como fue realizada por Cardenal con el libro de los Salmos. No se trata de una extrapolación artificial de la Biblia como mera adaptación poética a la moda, sino del establecimiento de vasos comunicantes entre la palabra intemporal de Dios trino y la consideración atenta del contexto histórico. Este diálogo, para nada cómodo ni propagandístico, entre la historia y la poesía (entre otras cosas) involucra un trasfondo profético en tanto denuncia y anticipación. Por ejemplo, la guerra se

¹²⁴ Cardenal, 2005, p. XVII.

expone con verbo endurecido como imposición, negocio e industria de los poderes fácticos e imperiales: «—Y esa fue llamada la Guerra de 45 minutos- / 7 ángeles / llevaban unas copas de humo en las manos / (y era humo como en forma de hongo) / y vi primero levantada sobre Hiroshima la gran copa / (como una copa de crema o *ice cream* envenenado) / y sobrevino una úlcera maligna¹²⁵». La época de la Guerra Fría iniciada con dos bombas atómicas sobre Japón, que para nosotros no ha cesado todavía, trae consigo la hipérbole agravada de la sumisión del prójimo con sus plagas de laboratorio: «Y me dijeron: Eso que aún no has visto la Bomba de Tifus / y la de Fiebre Q¹²⁶». Los consorcios bélicos se asocian con la perfidia de la industria farmacológica en pro de acumular capitales y arrebatar la salud y la vida de los oprimidos. Ello con la complicidad de los emporios mediáticos, emprendimientos propagandísticos de la era post-industrial que sustituyeron el discurso ideologizado de las Iglesias institucionalizadas.

Paráfrasis y hermenéutica bíblicas de la «Liberación» que aborrecen la alienación de la feligresía aterrada por operadores político-religiosos malsanos. Retoma el espíritu auténtico y renovador de la redención de la humanidad en la completación épica y sacrificial del Cordero, dispensador sobrenatural de amor total: «y la Tierra estaba de fiesta / (como cuando celebró la primera Célula su Fiesta de Bodas) / y había un Cántico Nuevo / y todos los demás planetas habitados oyeron cantar a la Tierra / y era un canto de amor¹²⁷». Este amor, como el descrito por Pablo en la «Primera epístola a los corintios», posee múltiples

¹²⁵ Cardenal, 2005, p. 90.

¹²⁶ *Ibidem*, p. 90.

¹²⁷ *Ibidem*, p. 94.

implicaciones, esto es el erótico (sensual como apologético de la vida), el místico (en tanto búsqueda y propósito) y el que merece el otro (nuestro prójimo), que integran una inequívoca fuerza revolucionaria e imprescindible que se proyecta de nuestra legión al entorno exterior por reconfigurar.

Referencias bibliográficas

- ARAY, Edmundo (2014). *Tierra roja, tierra negra*, Caracas: Fundación Editorial El perro y la rana.
- BÁEZ, Fernando (2006). *La hoguera de los intelectuales*, Valencia, Venezuela: Dirección de Medios y Publicaciones de la Universidad de Carabobo.
- BEECHER KEYS, Nelson (1977). *El fascinante mundo de la Biblia*, Editorial Mundo Hispano.
- BLANCO, Andrés Eloy (1960). *El limonero del Señor en Poda*, Caracas: Editorial Cordillera.
- BOCCACCIO, Giovanni (1982). *Cuentos del Decamerón*, Buenos Aires: Hyspamerica – Orbis.
- BRUCE, F. F. (1975). *El mensaje del Nuevo Testamento*, Buenos Aires: Certeza.
- CAMUS, Albert (1983). *La peste*, Barcelona, España: Orbis.
- CANETTI, Elias (2005). *Masa y poder*, Barcelona, España: De Bolsillo.
- CARDENAL, Ernesto (2005). *Antología poética*, prólogo y selección de Luis Alberto Angulo, Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.

CEBALLOS, José (1982 o 1983). «La agonía del gran planeta tierra», En *El Carabobeño*, cuerpo A, sección de Opinión, 25 de junio. Valencia, Venezuela.

CLARKE, Arthur (1977). *Perfiles del futuro*, Barcelona, España: Luis de Caralt.

CORTÁZAR, Julio (2007). *Fantomas contra los vampiros transnacionales. Una utopía realizable*, Caracas: Fundación Editorial El perro y la rana.

DE VENANZI, Francisco (1979). *Conspiración en Neo-Ucronia en Ciencia-ficción venezolana*, Caracas: *El Diario de Caracas*.

ELLUL, Jacques (1969). *Historia de la propaganda*, Caracas: Monte Ávila.

GALÍNDEZ, Luisa (1984). *Historia de Valencia (siglo XIX)*, Valencia, Venezuela: Talleres de Alfa Gráfica.

GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel (2002). *Cien años de soledad*, España: Seix Barral – El Nacional.

136

GONZÁLEZ, Justo L. (1978). *Y hasta lo último de la tierra: Una historia ilustrada del cristianismo*, tomo 5: *La Era era de los sueños frustrados*, Miami: Editorial Caribe.

LENNIG, Walter (1985). *E. A. Poe*, Barcelona, España: Salvat.

LINDSEY, Hal (1976). *La agonía del gran planeta Tierra*. Maracaibo: Editorial Libertador.

- MANN, Thomas (1983). *La muerte en Venecia*, Colombia: Oveja Negra - Seix Barral.
- MEJÍAS GUIZA, Annel del Mar (2013). *Mapas de sangre*, Caracas: Monte Ávila.
- MERTON, Thomas (1973). *Incursiones en lo indecible*, Barcelona, España: Plaza & Janés.
- PAPINI, Giovanni (1976). *Juicio Universal*, Barcelona, España: Plaza y Janés.
- POE, Edgar Allan (1969). *Narraciones extraordinarias*, Madrid: Salvat.
- RENAN, Ernest (1985). *Historia del pueblo de Israel*, Barcelona, España: Orbis.
- ROLLA, Armando (1962). *La Biblia ante los últimos descubrimientos*, Madrid: Rialp.
- SARAMAGO, José (2001). *Ensayo sobre la ceguera*, Madrid: Punto de Lectura.
- SOCIEDADES BÍBLICAS EN AMÉRICA LATINA (1960). *La Biblia*.
- SOCIEDADES BÍBLICAS UNIDAS (1979). *El Nuevo Testamento. Versión popular Dios llega al hombre*.
- SUETONIO. *Vida de los doce Césares*, México: W. M. Jackson, 1974.
- TWAIN, Mark (2006). *Mark Twain, cronista de su época*, La Habana: Fondo Cultural del Alba.

USLAR PIETRI, Arturo (1982). *Valores humanos*, 4 tomos, Caracas, Madrid: Edime.

WALVOORD, Juan F. y Juan E. (1980). *Armagedón. Cercano Oriente. Petróleo y crisis*. Miami: Editorial Vida.

WILKERSON, David (1979). *La visión*, Miami: Editorial Vida.

Índice

Bitácoras de la pandemia	11
<i>Éxodo</i> (1512 a. C.) de Moisés	16
<i>Decamerón</i> (1370 y 1971) de Giovanni Boccaccio y Pier Paolo Pasolini	22
<i>La máscara de la muerte roja</i> (1842) de Edgar Allan Poe	28
<i>La peste</i> (1947) de Albert Camus	31
<i>El limonero del Señor</i> (1923) de Andrés Eloy Blanco	46
<i>Tierra roja, tierra negra</i> (1968) de Edmundo Aray	49
<i>Historia de Valencia (siglo XIX)</i> (1984) de Luisa Galíndez	55
<i>Leprosos</i> (2013) de Ángel del Mar Mejías Guiza	59
<i>Epidemias (Masa y poder, 1960)</i> de Elias Canetti	66
<i>La muerte en Venecia</i> (1913) de Thomas Mann	71
<i>Ensayo sobre la ceguera</i> (1995) de José Saramago	78

<i>Conspiración en Neo-Ucronia</i> (1979) de Francisco de Venanzi	82
<i>Cien años de soledad</i> (1967) de Gabriel García Márquez	87
<i>La plutocracia de Estados Unidos</i> (1906-1907) de Mark Twain	92
Epidemia bibliofóbica: <i>Fantomas contra los vampiros multinacionales. Una utopía realizable</i> (1975; 2007) de Julio Cortázar	99
La pandemia de los últimos días: a) <i>Apocalipsis</i> (95) de San Juan	104
b) Trilogía fundamentalista post-calvinista (David Wilkerson - Hal Lindsey - la dupla Walvoord)	112
c) <i>El tiempo del fin es el tiempo sin sitio</i> (1966) de Thomas Merton	127
d) El poema «Apocalipsis» (1965) de Ernesto Cardenal	131
Referencias bibliográficas	135

Bitácoras de la pandemia
se imprimió en el mes de mayo de 2022
en la Imprenta Bicentenario Carabobo
Caracas, Venezuela
Son 1000 ejemplares

Bitácoras de la pandemia nos brinda un recorrido expositivo y analítico breve pero acucioso de algunos textos que han abordado el tema de las enfermedades pandémicas como tema central en los discursos literarios. Históricamente, las epidemias han sido una constante que ha causado grandes impactos en la humanidad. El covid no es la primera experiencia de este tipo que el hombre ha transitado; por ello, José Carlos De Nóbrega selecciona lo que él denomina "canon literario-epidemiológico" para mostrarnos el abordaje estético y conceptual de estos acontecimientos que, con su aparición, han marcado las épocas y revolucionado las formas de vida sometiendo a los individuos a ciclos temporales cargados de tensiones e incertidumbres.

JOSÉ CARLOS DE NÓBREGA

Nació en Caracas en 1964, es ensayista y narrador, licenciado en Educación, mención Lengua y Literatura, por la Universidad de Carabobo (UC). Entre sus publicaciones se cuentan los libros de ensayo *Textos de la prisa* (1996), *Sucre, una lectura posible* (1996) y *Derivando a Valencia a la deriva* (2006). Fue director de la revista *La Tuna de Oro* y es redactor en la revista *Poesía*, ambas de la UC. En 2007 su blog *Salmos compulsivos* obtuvo el Premio Nacional del Libro a la mejor página web

IMPRESO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

